

LAS METAMÓRFOSIS DE UN PUEBLO

TOPOGRAFIA MÉDICA DE SERIÑÁ

POR

JOSÉ M. COROMINAS PLANELLAS

(CONTINUACIÓN)

VI. ESQUEMA DE LAS MENTALIDADES PREHISTÓRICAS

Tras el vaso o la piedra pretendemos alcanzar al hombre, al ser racional que los ideó, adivinar qué pasaba por su mente, estudiando el producto de su actividad manual, reflejo de una actividad mental previa. — L. PERICOT

Frecuentemente se designan con los nombres de herencia ancestral, instintos primitivos, caracteres recesivos, una serie de cualidades humanas que se presuponen heredadas de generaciones pretéritas y que reaparecen en el mundo actual en determinados individuos. En realidad, todas nuestras funciones psíquicas son herencia de generaciones anteriores; lo único que podemos hacer individualmente es adaptar las cualidades heredadas a nuestro medio ambiente y, en el mejor de los casos, ampliar aquellas funciones, pero jamás crear otras nuevas.

La herencia ancestral de nuestra mentalidad ha sido intuída por numerosos investigadores, pero aludiendo siempre de una manera vaga y general, sin precisar grado ni categoría, ni período en que se han desarrollado los componentes psicológicos. Y si no se ha hecho una clasificación de las mentalidades ancestrales es por la siguiente razón: mientras que la Antropología se ha desarrollado extraordinariamente por disponer de esqueletos prehistóricos, la Psicología prehistórica carece de bases sólidas en que establecerse.

No obstante, existen indicios y a pesar de las dificultades que se oponen a su correcta interpretación, es preciso recurrir a estos indicios si queremos referirnos con más exactitud a los caracteres ancestrales.

Cuatro categorías de conocimientos se pueden utilizar para compren-

der la mentalidad prehistórica: a) Conocernos a nosotros mismos y nuestra propia psicología. b) Estudiar el proceso evolutivo del niño. c) Ver la mentalidad de las tribus primitivas actuales que vivan en un medio análogo a la fase que interese. d) Interpretar los restos arqueológicos de que disponemos, como un producto de actividad mental humana. El estudio del primero es propio del psicólogo. El segundo del pedagogo y del pediatra. El tercero del etnólogo. El cuarto corresponde al arqueólogo. Pero los arqueólogos, preocupados por otros problemas no menos importantes, han destinado poca atención al estudio de la mentalidad prehistórica aprovechando los materiales recogidos. Y a los médicos nos interesa extraordinariamente conocer aquellas mentalidades.

Para utilizar el material arqueológico hay que tener presente en todo momento, que todo objeto refleja un instante psicológico de un individuo de hace miles de años. Pero desconocemos los otros momentos de su vida. Nuestras deducciones serán, pues, de un valor relativo.

Nos valdremos para nuestro estudio de los útiles de sílex, de hueso, de los objetos de adorno, de las pinturas, grabados, formas de sepultura, etc.

MENTALIDAD ARQUEOLÍTICA

Respecto a la mentalidad del Paleolítico inferior tenemos que ser forzosamente breves, puesto que no habiendo tenido ocasión de excavar ni examinar detenidamente materiales arqueolíticos, sólo podemos utilizar datos bibliográficos que pueden prestarse a errores de interpretación.

Durante el Arqueolítico hay una transición de culturas, pero sólo vamos a considerar dos fases extremas. En la fase más antigua, durante el primer interglaciar, ya se encuentran dos modalidades culturales, el Abbevillense y el Clactoniense, que en opinión de los arqueólogos son producto de diferentes técnicas en la talla del sílex a causa del frío. En nuestro concepto obedecen a una causa más profunda: a la distinta mentalidad de dos grupos de pueblos que en algunos lugares se mezclan y confunden.

Efectivamente, mientras en el Clactoniense utilizan el pedernal golpeando piedra contra piedra, utilizando las lascas resultantes, de morfología irregular y asimétricas, los abbevillenses utilizan nódulos de sílex a los que se ha desbastado la corteza, y por evolución posterior ha de conducir al tipo de hachas acheulenses, que se caracterizan por su regularidad, simetría y lascado bifacial. O sea, que en el Abbevillense existe un concep-

to de volumen que no se nota en el Clactoniense, pasando de aquel concepto a las ideas de simetría y regularidad. La industria de lascas del Clactoniense, siempre de formas irregulares y asimétricas, evoluciona hacia el Tayaciense y las primeras fases del Levalloisiense.

Aparte estas diferencias conceptuales de los dos grupos, les unifican la ausencia de amuletos, de arte y de prácticas funerarias. De manera que hay que suponerlos de extremada simplicidad mental, con predominio exclusivo de lo instintivo. Estos instintos son la conservación del individuo y la conservación de la especie. Adquiere una importancia mucho mayor el instinto de conservación individual, ya que los primeros destellos de la inteligencia humana los vemos aplicados a la matanza de animales y a facilitar su descuartizamiento.

Si saltamos los trescientos mil años que separan el primer interglaciar del tercero, vemos que perduran las mismas técnicas. Pero se han refinado; se han hecho más cuidadosas las bellas hachas bifaciales del Acheulense, revelando que en la mente humana hay una mayor capacidad de atención, una meticulosidad en el trabajo; uniéndose la utilidad de la pieza a la idea de hacerla más bella. Es el primer concepto de la belleza que se encuentra. Por otro lado, derivado del Clactoniense y el Tayaciense, encontramos el Musteriense y el Levalloisiense, en que sin presentar bifaces, se ha introducido la idea de simetría, simultaneando los útiles simétricos con los asimétricos.

La mayor diversidad de los útiles revelan una mayor actividad intelectual. El hecho que hayan podido pasar tantos milenios sin apenas variar el instrumental, demuestra lo rutinario de la manera de pensar y actuar. Las estaciones conocidas al aire libre dicen que vivían en un régimen gregario. Es durante el Musteriense que se empieza a vivir dentro las cuevas. Incluso los mismos acheulenses llegan a habitarlas. Es entonces que se inicia una profunda modificación mental que eleva al hombre a un nivel superior y le ha convertido en el Rey de la Naturaleza. De las nuevas fases podremos hablar más extensamente y con mayor conocimiento de causa.

MENTALIDAD AURIÑACIENSE

En cuanto el hombre se ha refugiado en las cavernas, cambia su cultura y su mentalidad. Cada núcleo humano importante produce el genio que inventa un nuevo útil o una nueva idea. Se desarrolla la aptitud de

imitar la fabricación de objetos nuevos. Se representan por primera vez mediante símbolos el deseo o el miedo. Es la época del inicio de la creación intelectual, del aprendizaje y de la inteligencia.

Dentro la industria aurifiaciense son típicos las azagayas y los punzones de asta y hueso. Ofrecen la curiosa particularidad de tener todos la sección oval o aplanada; no hay uno sólo cilíndrico. La mentalidad aurifiaciense crea la sección oval, pero la cilíndrica es de invención posterior: es perigordienne. Una cosa análoga ocurre con los raspadores; mientras en el resto del Paleolítico el extremo retocado del raspador describe un arco de círculo casi perfecto, en el Aurifiaciense los raspadores se caracterizan por describir una curva sinuosa que los arqueólogos la definen como forma de morro. En cambio tienen un concepto exacto de la simetría. Tanto los punzones aplanados como los raspadores tienen los dos lados exactamente iguales, con un eje de simetría. Pero las caras superiores e inferiores no son exactamente iguales. Hay una simetría plana, pero no espacial.

La pieza más típica del Aurifiaciense es el punzón de base ahorquillada. De contorno lanceolado y sección oval, tiene la base partida en dos. La finalidad de este corte era para sujetarlo sobre un palo de madera tallado en bisel, madera que no se ha conservado. Estaba destinada a servir de punta de flecha. La facultad de saber combinar dos elementos para hacer un todo, representa una estructura mental relativamente elevada.

Los restantes útiles retocados: raederas, hojitas rebajadas, etc., son siempre asimétricas.

Uno de los aspectos interesantes del Paleolítico es la presencia de ocre y óxidos metálicos rojos, con los cuales pintarían los muros de las paredes y, principalmente, su cuerpo. Estos óxidos metálicos eran desleídos en grasa o en médula ósea. Se cree que el origen de la pintura corporal estaba íntimamente relacionado con la caza. Al principio el cazador se embadurnaría la piel con tierra arcillosa, uniformemente todo el cuerpo; para hacerse invisible a los animales. Como la pintura corporal se dejaría permanentemente, se buscaron minerales colorados que con una mezcla grasosa durasen más tiempo. Al aplicar el colorante con los dedos se formarían rayados o dibujos geométricos que variarían de una tribu a otra. Estos detalles se conocen por los salvajes actuales. De los arañazos casuales que sufriría el prehistórico sobre su piel pintada, habría llegado a la observación de que luego el color quedaba permanente bajo su piel. De

aquí la posibilidad que algunos microlitos hayan tenido por finalidad provocar heridas artificialmente para efectuar un tatuaje.

En el «Reclau Viver», además de los objetos indicados, hay otro elemento interesante: son los colgantes, considerados como objetos de adorno y como amuletos. En el nivel auriñaciense hay solo caninos de ciervo perforados en su raíz. No son simples adornos para embellecerse. Son simbolismos de caza. El adorno y el amuleto son consecuencia del simbolismo, no su causa.

Un canino de ciervo perforado en su raíz, es extraordinariamente interesante por estar grabado con incisiones en el marfil de su cara plana. A primera vista parece que se trata solamente de incisiones decorativas. En este período no existe un sentimiento exclusivamente estético. Al examinar detenidamente estas líneas nos damos cuenta que hay dos rayas convergentes en el centro, en forma de V. En el interior del ángulo hay tres rayas, y luego tres a un lado y cuatro en el otro. ¿Qué significación tienen estas líneas? ¿Son puramente casuales o han sido hechas con una finalidad determinada? ¿Qué idea tendrían los auriñacienses al hacer el grabado? La intensidad y la meticulosidad con que están grabadas excluyen la idea de que han sido trazadas al azar. Una serie de líneas paralelas podría hacer pensar en una notación, por ejemplo de animales cazados, de días o años transcurridos, etc. Pero las dos líneas convergentes eliminan esta interpretación. Para el arqueólogo, las líneas incisas de los punzones magdalenienses son señales de propiedad. Como los demás caninos de cérvido del «Reclau» no están marcados, quizás pueda tener otra explicación. Pensamos que cada una de estas líneas representa una individualidad de los habitantes de la cueva, y que las dos líneas convergentes sean las representativas de la pareja jefe de la comunidad, y las restantes, los otros individuos. La representación de los individuos de una familia sobre un amuleto tendría por finalidad extender sobre todos ellos las virtudes que poseía. Nuestra concepción es, pues, que la representación humana se verifica por medio de una línea en el grabado. En las incisiones sobre placas y en las pinturas rupestres de otras cuevas, se encuentran signos escaleriformes, líneas paralelas cortadas por otras rayas, que pueden interpretarse igualmente como representación de individualidades familiares o tribales. Lo mismo puede pensarse de las series de puntos de pinturas rupestres auriñacienses.

Si esta interpretación es correcta, se puede afirmar que en la mente auriñaciense existe bien definida la conciencia del «yo». Y también la existencia de un concepto de unidad familiar y de grupo. Estas líneas no serían simbólicas, es decir, la expresión de lo que se desea que suceda, sino signos que representan lo que sucede o ha sucedido. Pero estos signos colocados sobre un símbolo tienen el valor de una invocación. Es la esperanza de los seres humanos hacia lo ignoto.

MENTALIDAD PERIGORDIENSE

Resulta del mayor interés la interpretación de los hallazgos perigordienes del «Reclau», para comprender la mentalidad de sus primitivos habitantes.

Dentro del material lítico, figuran en primer lugar las puntas de La Gravette, que son hojas con retoques fuertes en uno de sus bordes, en toda su longitud y que a veces en el extremo del otro lado tiene retoques parciales. Es el prototipo de la asimetría. Otros sílex, como los microlitos de borde rebajado, los buriles prismáticos, obedecen a la misma ley asimétrica. En cambio, la idea de lo circular la encontramos aplicada en el extremo de los raspadores y de los punzones. De manera que hay una discrepancia notable entre los auriñacienses y los perigordienes, suficiente para confirmar el origen étnico distinto. Pero al final de este Perigordiese registramos la presencia de punzones cilíndricos con la base biselada, lo que representa la unión cultural del Auriñaciense V con el Perigordiese IV del sistema de Peirony. Estos punzones significan la fusión de dos conceptos mentales distintos. Indudablemente ha habido una unión de los dos pueblos. Estos punzones de base biselada han de continuar durante el Magdaleniense.

Los objetos de adorno ofrecen interés bajo otro aspecto. Los hay de varias clases: cabezas femorales talladas en casquete esférico y perforadas por la fosita de inserción del ligamento redondo, caninos de cérvidos y félidos agujereados en la raíz, y rarisimas conchas marinas. En un artículo del autor han sido interpretados estos objetos como simbolismos del cazador primitivo: las cabezas femorales serían símbolos de movimiento; los caninos de félidos representarían la fiereza, y los de cérvidos, la agilidad y la prudencia. Estas serían las virtudes del cazador primitivo. Tratemos ahora de aclarar el origen de estos simbolismos.

No puede admitirse que el origen de estos colgantes fuera simplemente guardarlos como recuerdos de caza. Habrían utilizado dientes de otros animales. La recogida de estos dientes no obedecía a una idea vaga. Actuaban con un determinismo fijo. Elegían un animal determinado y de éste una pieza dentaria precisa.

Desde luego, la elección de dientes como símbolos debe tener un significado vital. La relación entre la boca y la vida es una acepción de carácter universal. Por la boca es donde entra el alimento, y por la boca es por donde se sale la vida con el último suspiro, según las ideas populares de todos los tiempos.

¿Cómo llegarían a formarse los símbolos en la mente primitiva? Digamos antes, siguiendo a Jung, que conviene distinguir entre símbolos y signos. El símbolo es la representación de lo presentido, pero ignoto o desconocido; mientras que el signo es lo semiótico, lo que tiene una expresión de analogía o abreviación de algo conocido y real. Es posible que el nacimiento de estos símbolos tuviera por base la observación hecha por un paleolítico, de que las fieras vencen por sus caninos. Los largos caninos se convirtieron en la expresión de fuerza y vigor de un animal, y por asociación se pasaría a creer que si el hombre tuviera tales caninos sería invencible. De aquí a pensar que la simple posesión de ellos era suficiente para estar protegido, no hay más que un paso. La creencia de que tiene que darle protección para un peligro futuro y desconocido lo eleva a la categoría de símbolo. Es lógico, pues, pensar que en el orden cronológico hayan aparecido primeramente los símbolos de félidos. Una vez afirmado el valor del amuleto, la sugestionabilidad primitiva lo elevaría a creencia definitiva. Y de aquí ya nacerían los otros símbolos: si podía asimilarse la fuerza de las fieras, podía asimilarse la agilidad del ciervo con su canino, la movilidad de un animal con sus cabezas femorales. Y ya en este camino se crearían otros nuevos, de significación más compleja, como el de las conchas, cuya significación exacta se nos escapa, pero que posiblemente sean de significación de autoridad, esto es, de fuerza. Creadas las variantes de los amuletos, cada tribu adoptaría las de su elección. Así, vemos tanto en el «Reclau» como en otras estaciones, que el cambio de cultura va acompañado del cambio de símbolos.

La creación de los símbolos en la mente humana ha de ser fecunda, puesto que de su multiplicación ha de desarrollarse la inteligencia.

MENTALIDAD SOLUTRENSE

El Solutrense es una injerencia cultural dentro del Paleolítico de Serriñá. Aparece bruscamente y desaparece sin dejar huellas de su paso.

En cuanto a sus conceptos morfológicos, les vemos tan pronto crear formas perfectamente simétricas, como las puntas con retoque de contorno, hojas de laurel, de sauce, puntas pedunculadas y con aletas, como piezas esencialmente asimétricas tales como las hojas gravetienses, las puntas de muesca y las *puntas asimétricas solutrenses*, creación exclusiva del «Reclau». Referente a su concepto dimensional, vemos que unas piezas están bien retocadas, presentando dos planos de simetría, mientras otras ofrecen retoques incompletos.

La técnica de la talla solutrense debía ser muy delicada y difícil ya que en ninguna otra época de la humanidad ha sido posible igualar sus puntas de flecha. Ello exigiría una gran delicadeza manual, junto a una fuerte capacidad de atención. La fatiga producida por este trabajo sería el motivo de la presencia de piezas inacabadas.

Pericot ha expresado la creencia, y nosotros la compartimos, de que el Solutrense ha nacido en África, de la conjunción de las técnicas esbakiense y ateriense. O sea, que las puntas pedunculadas son la expresión de que los solutrenses supieron asociar dos ideas recogidas de dos culturas distintas: la técnica del retoque superficial, asociada a la idea de las puntas pedunculadas aterienses. De esta capacidad de asociación nació la nueva cultura. De su parte no pusieron más que la delicadeza en la ejecución.

Algunos punzones de hueso son de sección circular, pero la mayoría están simplemente aguzados, dejando la mayor parte del hueso sin pulir. Dan poca importancia a las labores óseas en contraposición a la finura del trabajo en sílex.

Otro curioso contraste de su mentalidad irregular lo constituyen las pequeñas hojitas de borde rebajado, de trabajo tosco, muy alejado del preciosismo con que las hacían los perigordienses.

Deducido del material del «Reclau», se les puede considerar como inconstantes, irregulares, produciendo a veces trabajos finos y delicados y otras veces groseros. Tenían facultad de asimilar conceptos de otras culturas y capacidad de crear ideas nuevas.

En cuanto a los objetos de adorno, les daban una importancia extra-

ordinaria. En el «Reclau» su número es impresionante. Es de notar que sólo usaban conchas marinas; jamás dientes perforados. Que habiendo traído consigo varias especies de moluscos, están solamente perforadas algunas especies determinadas. Hay, pues, un prejuicio en su elección. La importancia extraordinaria que debían dar a su acicalado personal lo demuestra la gran abundancia de óxido de hierro.

MENTALIDAD MAGDALENIENSE

Ya se ha dicho que existió en Europa una fusión de los pueblos auriñacienses y magdalenenses. En Serriñá vemos aparecer los descendientes de aquellas tribus unos miles de años más tarde. Los vemos venir bastante evolucionados, llevando consigo algunos elementos de sus antecesores y habiendo abandonado otros complejos culturales. Han desaparecido las azagayas de sección oval. Han asimilado la idea de los punzones cilíndricos, los hacen ahora todos redondos. Han abandonado el concepto de simetría. Se complacen en crear útiles disimétricos.

Es muy interesante la evolución que han sufrido los punzones cilíndricos de base biselada que encontrábamos en el Perigordense. Estos punzones eran la síntesis de las culturas Auriñaciense y Perigordense. Pues estos instrumentos, al llegar al Magdaleniense III, se decoran profusamente en el bisel. Más adelante, en las últimas fases del Magdaleniense, se construyen con doble bisel en la base, presentando numerosas incisiones. Esto significa que en una primera fase se han sumado dos ideas, y en una segunda evolucionan hacia el punzón de doble bisel. Para esto se han necesitado varios miles de años.

La concepción de asimetría de los útiles magdalenenses está claramente representada en los arpones. Estas armas arrojadizas, nacidas durante el Magdaleniense IV, consisten al principio en punzones cilíndricos a los que se han hecho ranuras poco profundas en uno de los lados. En la fase V se desarrolla una serie de dientes por un solo lado. En el VI, tienen dos filas de dientes, una a cada lado, con dientes alternos, nunca simétricos.

Los magdalenenses en el trabajo del hueso huyen siempre de la simetría. Pero, por otra parte, usan útiles de sección circular. Es probable que las incisiones que se encuentran en las caras planas de los dobles biseles, no tengan más finalidad que romper la simetría resultante.

Solamente podemos buscar ejes de simetría en los raspadores y en

los buriles de punta central; y aún en estos casos se limita al extremo de la hoja.

No se reducen a producir la disimetría en un solo plano. Es también espacial. Existen en la «Bora Gran» raspadores dobles, de base biselada, en que la habilidad del tallista ha logrado darle forma helicoidal, de manera que no sean coincidentes ninguno de los planos ni ninguna de las aristas. Los microburiles son otro caso típico de asimetría espacial. Esta talla debía ser extraordinariamente difícil de conseguir dada la pequeñez de los útiles. Los microlitos de borde rebajado son hojitas con retoques por un solo lado; a veces los retocaban por los dos; sólo que, entonces, el segundo lado tenía los retoques parciales y de mucha menor intensidad, evitándose así la simetría.

Otra de las cualidades magdalenienenses es su inclinación a fabricar útiles múltiples en una misma pieza. Son frecuentes en la «Bora Gran» buriles dobles, triples y cuádruples. Los raspadores muchas veces son dobles. Combinan los raspadores con los buriles. Pero es en los microlitos donde su tendencia asociativa se hace más patente: asocian el borde rebajado con el microperforador, con retoque transversal, formando ángulo recto, con hojas dentadas, etc.

En cuanto a las formas geométricas, efectúan retoques en línea recta, cóncava y convexa. Formas angulares en los llamados triángulos. Ya se ha dicho anteriormente que dominan las formas volumétricas: cónicas, cilíndricas, aplanadas y helicoidales.

Es importante anotar, respecto al material lítico, el predominio de las piezas diminutas, pequeñas, de trabajo preciosista, meticoloso y delicado. Hay una gran variedad de formas de utensilios. Es la cultura prehistórica que tiene mayor número de tipos de sílex. La fantasía de los magdalenienenses se desborda creando piezas nuevas. En las hojitas de sílex casi se llegan a agotar las posibilidades de colocación de los retoques. El material lítico revela una imaginación rica y fecunda.

Los adornos y los óxidos de hierro son menos abundantes que en culturas anteriores, debiéndolos considerar como menos preocupados por su atuendo personal.

Aunque en la «Bora Gran» no han aparecido pinturas rupestres ni placas grabadas, son bien conocidas las obras maestras pictóricas de las cuevas magdalenienenses de Cantabria y Francia y las losetas grabadas del Par-

palló. Estas obras de arte pueden interpretarse como una exteriorización de su manera de pensar, la obsesión por la caza.

Por consiguiente, podemos conceputar a los magdalenienses, por el conjunto de sus productos industriales, como extravertidos que proyectan su mentalidad y la exteriorizan en los trabajos líticos, en los grabados y en las pinturas. Ha sido substituido el egocentrismo e intraversión de sus antecesores paleolíticos por la extraversión y un expansionismo manifiesto. Su nivel mental queda muy elevado con referencia a los auriñacienses y perigordienses.

MENTALIDAD MESOLÍTICA

No podemos detallar en este lugar las causas que han contribuido a la desaparición de la cultura magdaleniense. Debemos concretarnos a examinar los restos mesolíticos de Serriá.

El examen del material asturoide de la cueva «Mollet» da una impresión de pobreza y barbarie espantosa. Significa un retroceso intelectual de muchos milenios. A los seres que fabricaron aquellos utensilios les faltaba toda noción conceptual de geometrismo. Las piezas, más que talladas, están simplemente desbastadas. Su trabajo es grosero y tosco. Ninguna pieza presenta retoques bifaciales. Desconocen los útiles retocados en líneas rectas, curvas y angulares. No trabajan el hueso más que en rudos punzones sin pulir. Carecen de objetos de adorno y de nódulos de ocre. Es decir, están más atrasados intelectualmente que la mayoría de las tribus arqueolíticas. Es de suponer que fueron prontamente extinguidos o absorbidos por otras tribus más civilizadas.

Los campiñienses, descendientes de los perigordienses, son el revés de la medalla. Ellos dedican una atención preferente a la fabricación de microlitos geométricos.

Sabemos por las numerosas pinturas rupestres del arte levantino, y esto es lo más trascendental, que la caza ya no es una idea obsesiva. Dedicán una buena parte de su atención al ser humano. Conciben y representan al hombre, no como una individualidad, sino como simple elemento de la colectividad. Son representados casi siempre grupos de cazadores, guerreros o danzantes. Muy pocas veces seres individuales. Al revés de los grandes animales paleolíticos, que nunca representan rebaños. Hay pues un sentido social colectivista. La individualidad es despreciada. El hom-

bre está representado siempre por una silueta en la que es imposible reconocer rasgos fisionómicos y caracteres raciales. Pero si tales pinturas nada nos pueden decir sobre antropología mesolítica, en cambio son muy elocuentes para hacernos comprender la mentalidad del artista pintor. Han puesto especial interés en representar los arcos y las flechas de cazadores y guerreros. Muchas veces expresan con detallismo los adornos de brazos y piernas y las faldas de las mujeres. Por el estilo de las siluetas, Obermaier las agrupa en tres tipos: *Tipo cestosomático*: Son dibujos de figuras exageradamente alargadas, con cabeza aplanada discoidal, pecho ancho, casi triangular, torso delgado y sumamente largo, sostenido por piernas largas y muy robustas, con pantorrillas cuidadosamente ejecutadas. *Tipo paquípodo*: Son siluetas generalmente cortas con cabeza grande, generalmente de perfil anguloso, torso corto y delgado y piernas sumamente gruesas y robustas. *Tipo nematomorfo*: Figuras de técnica lineal y extremada estilización; son desproporcionadas, pero, no obstante, llenas de vida. Siempre se representan en movimiento. El expresivo movimiento, los adornos y la exageración con que están trazadas, son suficientes para hacernos comprender la importancia extraordinaria que concedían los campiñenses a las extremidades inferiores, hasta el extremo de hacer pensar si existía un culto a estas extremidades, tal como se ha dicho anteriormente.

Finalmente, nos conviene resaltar otro aspecto de aquellas pinturas, y es cuando representan guerreros heridos o muertos, lo cual nos indica que, por primera vez en la Prehistoria, se hacen patentes los sentimientos de amor y odio, de compasión o desprecio para los semejantes. El egoísmo indiferenciado de los paleolíticos queda superado por un sentimiento social de ayuda mutua o de odio colectivo. Si estos sentimientos habían existido con anterioridad en la mente humana, debemos reconocer que hasta el Mesolítico no se manifiestan. Igualmente, de la existencia indudable de sepulturas cabe deducir que tenían sentimientos de respeto o veneración hacia los difuntos.

MENTALIDAD NEO-ENEOLÍTICA

Los procesos mentales que rigen las actividades humanas durante el Neolítico se hacen complejísimos. La regulación de su método de vida, con la permanencia fija en las proximidades del agro, les permite desarrollar su inteligencia, aunque les resta viveza y agilidad. Los numerosos

grupos neolíticos ya no se limitan a seguir técnicas industriales y creencias rutinarias y tradicionales. En cada tribu surge el genio que ha de crear nuevos conceptos, formando un foco cultural. Cuando el descubrimiento es práctico, el procedimiento es imitado por los demás individuos. Tribus errantes son las destinadas a difundir en países remotos las nuevas técnicas y las nuevas creencias. Existe una verdadera división del trabajo entre las tribus, pues unas son de pastores, otras agricultores y otras leñadores. Parece que el hombre se dedica a su profesión y a la caza, mientras que sería misión de la mujer la fabricación de cerámica.

Es muy instructiva la evolución que ha sufrido la cerámica y ver cómo ha pasado de las formas más simples a otras mucho más complejas. Al principio se reduce a formas globulosas que después se achatan en el fondo para darles mayor estabilidad. Aparecen los cuellos y asas que se modifican según las modas de cada localidad. Las superficies, primitivamente todas lisas, van adornándose progresivamente con cordones de barro o con series de puntos o rayas. Al llegar a la cultura del vaso campaniforme la decoración se hace complejísima. Estas decoraciones cerámicas, que no pueden tener utilidad práctica alguna, demuestran de una manera evidente la existencia de un sentido estético. El procedimiento de que se valen para la creación de adornos bellos es la repetición del motivo: series de puntos y de rayas. La repetición de un elemento como base estética puede tener su origen durante el Paleolítico. La repetición durante tantos milenios de series de retoques sobre las hojas de sílex para formar las puntas gravetienses, los microlitos, etc., puede ser la causa determinante de haber quedado en el subconsciente humano una impresión permanente. Siempre que surja una serie repetida de motivos, queda complacida la impresión ancestral, y de aquí el sentimiento de bienestar y de belleza.

En cuanto a ideas morfológicas, conceptúan plenamente el espacio tridimensional, como lo expresan las puntas de flecha, las hachas pulimentadas, los recipientes cerámicos, etc., que les coloca en un mundo mental comprensible para nosotros. Carecen de la distorsión espacial que observábamos en los magdalenenses. Buscan generalmente en sus creaciones el simetrismo. Las representaciones geométricas han quedado conservadas sobre la cerámica con líneas rectas, curvas y quebradas; con triángulos, círculos, fajas rellenas de puntos o rayas. Dominan el paralelismo de las líneas. Asocian con frecuencia los diversos motivos decorativos.

Otra de las manifestaciones artísticas de los neolíticos son las pinturas rupestres de tipo esquemático. Ya no copian del natural. Son figuras esquematizadas y estilizadas que para ejecutarlas precisa haber verificado antes una abstracción mental y una intuición. Estas pinturas adquieren la categoría de signo o símbolo. Representan hombres, animales o plantas. Carecen del movimiento y agilidad de los pueblos cazadores. Son figuras estáticas, propias de un pueblo sedentario y agricultor.

Los ídolos en forma de figura humana son los representantes del sentimiento religioso primitivo. Son también tipos esquemáticos en que destacan claramente los ojos por medio de círculos y, a veces, los vestidos. Otros indicios de sus sentimientos religiosos son los grabados y pinturas de soles, que revelan la existencia de un culto solar propio de todos los pueblos agrícolas.

Estas ideas estéticas y religiosas varían con los diversos focos culturales. En Serriñá encontramos indicios del sentido de la belleza en la cerámica; pero hasta la fecha no se ha podido encontrar ídolos ni representaciones humanas.

Las cuevas sepulcrales son numerosas en Serriñá. Los vasos de ofrendas, las armas, los amuletos que acompañan al difunto, son reveladores de las creencias en la vida de ultratumba. Aunque muchos prehistoriadores piensan que estas creencias son mucho más antiguas, lo cierto es que no se encuentran de una manera clara y definitiva hasta esta fase cultural. El interés que ponían en las prácticas funerarias demuestra hasta qué punto estaba arraigado en el alma neolítica el culto a los muertos.

La complejidad mental del neolítico va en aumento con las nuevas fases prehistóricas. La Edad de los Metales origina dos nuevas modalidades profesionales, la de los mercaderes y la de los metalúrgicos. Dado el carácter local de nuestra monografía no podemos hablar de ellos, así como tampoco de las culturas helénica y romana, a pesar de la enorme trascendencia que tuvieron para la formación de la mentalidad indígena.

BIBLIOGRAFÍA

CONDE DE LA VEGA DEL SELLA, *Paleolítico del «Cueto de la Mina»* (Madrid 1916); *El Paleolítico de «Cueva Morin» (Santander) y notas para la climatología cuaternaria* (Madrid 1921).

J. M. COROMINAS PLANELLAS, *El origen de la Medicina en la Prehistoria*

en «Revista de Información Médico-Terapéutica», núm. 37-38 (1950), p. 257; *Las puntas pedunculadas asimétricas del nivel solutrense, del «Reclau Viver» de Serriñá*, en «Crónica del V Congreso Arqueológico del Sudeste Español y del I Congreso Nacional de Arqueología» (Almería 1949), p. 41; *Morfología de los microlitos de borde rebajado del Paleolítico Superior de Serriñá*, en «Saitabi», núm. 23-24, t. V (Valencia 1947), p. 27.

M. LOUIS, *Influences et invasions*, en «Rivista di Studi Liguri» (1949), p. 159.

E. HERNÁNDEZ-PACHECO, *La vida de nuestros antecesores paleolíticos* (Madrid 1923).

C. G. JUNG, *Tipos psicológicos*, tercera edición (Buenos Aires 1945).

MARQUÉS DE LOZOYA, *Historia del Arte Hispánico*, t. I (Barcelona 1931).

J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Esquema paleontológico de la Península Hispánica*, segunda edición (Madrid 1946).

L. PERICOT GARCIA, *Grandeza y miseria de la Prehistoria*, Real Academia de Buenas Letras (Barcelona 1948).

S. VILASECA, *Las pinturas rupestres de la «Cueva del Polvorín»*, en «Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas», núm. 17 (1947).

P. WERNERT, *La significación unitaria de las cuevas del arte paleolítico*, *Invet. y Pro.* (1935), p. 201.

Otras obras bibliográficas han sido citadas anteriormente.

VII. MENTALIDAD ACTUAL

El pensamiento ha sido y continua siendo, en gran parte, de carácter laberíntico. La razón de ello, probablemente, radica en que los psicólogos han prescindido, voluntaria o involuntariamente, de la Historia y de la Biología. Al plantear problemas psicológicos, han buscado la nota de actualidad, como si fuera posible considerar lo actual, lo contemporáneo, sin relacionarlo con el pasado y con el porvenir. — PIGA PASCUAL

LOS PROBLEMAS DE LA HERENCIA

Ortega y Gasset entre los filósofos, Jung entre los psicólogos, Carrel entre los fisiólogos y toda una pléyade de médicos y psiquiatras hablan constantemente de los factores ancestrales como determinantes de la mentalidad actual, pero sin que lleguen a concretar su alcance, sin llegar a establecer categorías en los términos ancestralismo, primitivismo, etc. Creemos que, en el momento presente, es imprescindible una clasificación y una

determinación de categorías, aunque sea de una manera provisional, para establecer grados de herencia ancestral. Esto es lo que intentamos hacer valiéndonos de los materiales prehistóricos de Serriñá y del largo conocimiento trabado con individuos actuales que presentan una mentalidad sencilla.

Pero antes de llegar a nuestra clasificación es preciso exponer las dificultades que se nos presentan al no estar resueltos algunos problemas relativos a la herencia, de los cuales vamos a citar aquí algunos solamente. Desde luego, no vamos a exponer las teorías que se han emitido sobre la herencia, y aunque en opinión de Serra, la teoría de los genes está en crisis, la aceptación casi universal que ha tenido y el haber sido fecunda en resultados, es hoy por hoy todavía válida para la interpretación de los fenómenos hereditarios. Pero para nuestro trabajo nos basta saber que cada individuo hereda unas características casi iguales a las de sus progenitores.

Parece a primera vista sorprendente cómo han podido heredarse los caracteres de hace miles de generaciones, puesto que cada individuo recibe solamente la mitad de los caracteres de cada progenitor, y por consiguiente recibe una cantidad infinitesimal de la influencia, por ejemplo, del abuelo mil. Pero si tenemos en cuenta que todos los hombres y todas las mujeres traen consigo el peso de aquella ascendencia, se comprende como se han perpetuado aquellas cualidades primitivas. Esto en realidad no es un problema.

Es un problema más difícil de resolver y que tiene su interés para interpretar la mentalidad actual, el saber cómo se ha desarrollado la psicología a través de las edades pretéritas. Si ha sido por una evolución general en todas las tribus prehistóricas, es decir que cada individuo haya llevado consigo una fuerza teleológica de perfeccionamiento progresivo, el Mnéme de Semon, o bien que este progreso se haya conseguido mediante las nuevas aportaciones psicológicas consecutivas a los cruzamientos heterogéneos de distintos grupos raciales. En el primer caso, el subconsciente se puede concebir como una estratificación de cualidades en que cada generación aporta sus nuevas adquisiciones, formando una nueva capa. Los estratos de las generaciones pasadas serían tanto más profundos cuanto más antiguas. La frecuencia de su resurgimiento a la esfera consciente sería inversamente proporcional al tiempo transcurrido. Si la evolución se

hubiera efectuado solamente a consecuencia de cruzamientos entre individuos de desigual estructura mental, entonces se puede imaginar la distribución de las cualidades psicológicas como un mosaico, o un grupo de caracteres que serán tanto más reducidos cuanto mayor sea el tiempo transcurrido, y que se extinguirían cuando fuesen inútiles. Probablemente los dos procedimientos, simultáneamente, son los de que se ha valido la naturaleza para conservar las características ancestrales. No en vano la organización cerebral es un volumen, con localizaciones superficiales y profundas.

Lo que se puede observar es que las características ancestrales reaparecen en los individuos actuales en proporción inversamente proporcional al tiempo transcurrido. Es decir, que, para una población determinada, habrá un número relativamente elevado de mentalidades del arquetipo neolítico, muchas menos del arquetipo paleolítico y rarísimas del arquetipo arqueolítico. O sea que van disminuyendo las posibilidades de reaparición conforme va aumentando el tiempo transcurrido.

Pero el problema es todavía más complejo puesto que, observando el desenvolvimiento intelectual del niño, vemos como presenta una primera fase en la cual es preciso nutrirlo recordando la fase de recolector; una segunda fase con juegos e instintos que hacen pensar en la vida paleolítica; una tercera fase en que se despierta una curiosidad hacia la Naturaleza que equiparamos al neolítico; siguiendo otras fases en las cuales se desenvuelven los sentimientos religiosos, y hasta llegar al estado adulto no se adquiere pleno conocimiento del sentido práctico de la vida. Por consiguiente, parece que en el desarrollo individual se van siguiendo los mismos pasos que han seguido las fases culturales prehistóricas y que estos caracteres van apareciendo tanto más tardíamente, cuanto más tarde han sucedido en el orden cronológico.

Es interesante recordar aquí los trabajos de Crinis por la relación que tiene la Ontogenia con la Filogenia. Crinis, para la comprensión del desarrollo del intelecto humano, señala tres fases para la maduración de las células ganglionares del cerebro: el grupo central es el que lo verifica más precozmente, grupo que está destinado a las percepciones sensoriales sencillas, de las cuales parten los estímulos para los movimientos musculares. El segundo grupo, el de la corteza cerebral, coincide su desarrollo con el desenvolvimiento psicológico del niño, y son las células ganglionares des-

tinadas a las acciones conscientes, el lenguaje y el mundo de las ideas. El tercer grupo se desarrolla mucho más tardíamente en el cerebro frontal y parietal: son los campos de asociación de Fleming.

Y aun hay más. Al llegar a la edad adulta, no todos los individuos son iguales. El grado mental de un individuo a otro varía enormemente. Mientras hay individuos retrasados mentales que se encuentran en una fase de un primitivismo lamentable, hay otros con un grado de capacidad envidiable. Es una observación que ya había sido hecha hace muchos años por los pedagogos que ven como al lado de niños con dificultades a veces insuperables para aprender, otros tienen una gran capacidad asimilativa.

Otro problema que se nos presenta sin resolver, está al tratar de buscar un origen prehistórico a los dos grandes grupos de tipos psicológicos definidos por Jung, el de los extravertidos y el de los introvertidos. ¿Estas diferencias psicológicas se encontraban simultáneamente en cada cultura prehistórica o eran cualidades características de alguna de ellas? Podría razonarse que el hombre primitivo ha sido egocéntrico e introvertido y que la extraversión es una cualidad superior adquirida posteriormente. Pero el hecho de que el niño en su infancia ya tenga definido su tipo psicológico; la existencia de grupos humanos en que predomina uno de dichos tipos, induce a creer que tuvieron su origen en diferentes focos genéticos. En el momento actual de los estudios prehistóricos se nos hace imposible decir cómo y cuándo se iniciaron. Solamente podemos manifestar que por las obras de arte y por el material lítico parece que los magdalenenses eran los más extravertidos; y que los arqueolíticos y los asturoides los más introvertidos. Pero la ausencia de manifestaciones externas de los sentimientos se pueden producir tanto por falta de cualidades expresivas como por defecto de los sentimientos.

Según Solé Segarra, la doctrina constitucionalista creada por Kretschmer con la definición de los tipos pícnico y leptosomo, ha podido relacionar lo somático con lo psicológico. Ahora bien, lo constitucional obedece a las leyes de la Genética. Si dispusiéramos del conocimiento del tipo constitucional de las razas prehistóricas habríamos dado un gran paso en su conocimiento y, por consiguiente, dispondríamos de un peldaño más para la comprensión de nuestra psicología actual. Pero los restos antropológicos son demasiado escasos para deducir conclusiones generales. Solamente en las razas cromañoides los antropólogos las definen de consti-

tución longilínea, de manera que les correspondería una personalidad psíquica del grupo de los esquizotímicos.

ARQUETIPOS MENTALES

Para la evaluación de la capacidad mental del individuo, han sido propuestos una infinidad de tests con sus correspondientes escalas, siendo el primero y más conocido el test de Benet y Simón. Esos tests y esas escalas de indudable interés para el pedagogo y para los fines de orientación profesional, tienen el defecto, la mayoría, de estar enfocados hacia los escolares. Es decir que tienden a evaluar la capacidad intelectual del niño dejando aparte otras cualidades mentales que no son registradas.

Creemos que puede ser interesante ajustarnos más al conocimiento de la totalidad del individuo, clasificando a los niños y adultos, no por el número de una escala arbitraria, sino por la realidad de un pasado. Este intento de comparar la mentalidad actual con la prehistórica, no es más que un ensayo. Pero creemos se trata de un camino que puede dar sus frutos. Que en cuanto se vayan conociendo más exactamente las fases por las que ha pasado la humanidad prehistórica, mayor será la comprensión que podamos tener de la manera de pensar y sentir actual.

Así como en la sistematización de la Prehistoria se adopta una división esquemática de las fases de la humanidad, así nosotros debemos trazar un esquema paralelo al prehistórico si queremos relacionar la psicología del actual pueblo de Serriñá con su pasado remoto. El esquema que proponemos es el siguiente:

1. *Arquetipo recolector*: Mentalidad paralela a la del hombre arqueolítico.
2. *Arquetipo cazador*: Mentalidad de las razas cromañoides del Paleolítico superior.
3. *Arquetipo agricultor*: Mentalidad equiparable a la del Neolítico.
4. *Arquetipo metalúrgico*: Mentalidad industrial.
5. *Arquetipo comerciante*.

Estos dos últimos son nacidos en periodo protohistórico. Como no los hemos encontrado bien definidos en Serriñá, vamos a prescindir de su descripción para no alargar excesivamente esta monografía.

Mentalidad de recolector. La mentalidad aproximada del recolector arqueolítico no la podemos encontrar más que en el niño de pocos años y

en el adulto en casos de idiotismo. Pero existen una serie de rasgos mentales de clara ascendencia ancestral que aparecen en individuos de mentalidad mucho más evolucionada. Algunos de estos rasgos que hemos observado son:

a) *Incapacidad volitiva permanente para el trabajo.* Aparece en individuos considerados como vagos por excelencia. Son capaces de efectuar grandes esfuerzos físicos, pero no pueden adaptarse a un trabajo ordenado.

b) *Tendencia espontánea a la recolección* de productos naturales del bosque. Cuando faltan los productos o son insuficientes para su alimentación, se dedican al robo en los campos de cultivo ajenos. Robos que efectúan de preferencia durante la noche. Frecuentemente se convierten en mendigos.

c) *Capacidad de prescindir de vivienda.* Aguantan con impavidez las inclemencias atmosféricas, bastándoles refugiarse en cualquier abrigo rocoso o de ramas, que abandonan poco después.

d) *Vida errante*, pero sin alejarse excesivamente de su propia comarca.

e) *Ausencia de afectividad hacia personas y animales.*

f) *Ausencia de ideas religiosas y morales.*

g) *Ausencia del pudor.* Pueden prescindir de sus vestidos o ir desabrochados indecorosamente.

h) *Falta absoluta de las más elementales nociones de higiene.*

i) *Incapacidad de crear productos o ideas nuevas.*

j) *Limitación del número de palabras e ideas.*

Estos rasgos arqueolíticos no son modificables por la educación ni por el ambiente.

Mentalidad de cazador. Es el conjunto de ideas y procederes propios de los paleolíticos que reaparecen en el mundo actual. Se podría subdividir en cuatro fases, según los períodos prehistóricos, pero preferimos simplificar el esquema.

Los rasgos del cazador los encontramos en casi todos los niños, siendo fácil observarlos en sus juegos espontáneos. He aquí algunos de los rasgos infantiles.

a) *Juegos con arcos y flechas.* Los disparan contra lo que imaginan que son animales.

b) *Pintarse los rostros con barro o carbón.* Con ello quieren simu-

lar seres fantásticos o tatuajes, pretendiendo producir miedo a los demás.

- c) *Adornarse con los elementos que encuentran.*
- d) En sus dibujos espontáneos dedican una *atención especial a los animales.*
- e) *Las pedreas contra un perro o gato.*
- f) *Correr sin motivo tras un móvil cualquiera.* (Coche, bicicleta, animal, etc.)
- g) *Tendencia a vivir semidesnudo.*

Los rasgos mentales del cazador paleolítico que encontramos en el adulto de Serriñá, son los siguientes:

a) *Aficionados a la caza.* El temperamento de cazador, heredero de las cualidades paleolíticas, ha sido descrito maravillosamente por Ortega y Gasset en el prólogo de «La Caza» del Conde de Yepes.

b) *La afición a la pesca es un equivalente a la caza.*

c) *Los deportes* son, en el mundo moderno, equivalentes compensadores del instinto del cazador.

d) *El cazador furtivo*, el que utiliza trampas, redes, etc., son los que representan más marcadamente los instintos paleolíticos. No quieren sujetarse a las leyes de origen moderno.

e) En la mentalidad del cazador puro *tampoco entra la rutina de un trabajo ordenado.* El deportista apasionado elude en cuanto puede el trabajo cotidiano. No obstante son capaces de una intensa fatiga física tras la pieza o el balón.

f) Les gusta *la profusión de adornos y arreos.* Conceden gran importancia al vestido.

g) Tienen *vivienda fija* aunque les gusta correr y viajar.

h) *Tienen gran admiración y estima a los animales.* Frecuentemente el afecto por un animal es superior al de sus familiares.

i) Es proverbial la *fantasía del cazador.* Pero sus narraciones no son producto de una confabulación premeditada, sino que son la expresión del mundo mágico e irreal de nuestros antecesores.

Durante el Mesolítico la escasez de animales hace variar la mentalidad del cazador hacia una lucha contra el hombre. Nace el *espíritu guerrero* y el concepto de *enemigo*. Las manifestaciones actuales de la mentalidad de cazador guerrero del Mesolítico son la agresividad, las luchas personales, colectivas, sociales, etc.

Mentalidad de agricultor. Dentro de esta categoría está incluida la inmensa mayoría de habitantes de Serriñá. Por esto vamos a extender más estas consideraciones para comprender su manera de ser, de pensar y de enfermar. Racial y económicamente son los descendientes de los neolíticos. Pero las técnicas de trabajo han variado. Otras influencias culturales han modificado su capacidad intelectual. Vamos a examinar solamente aquellos rasgos especiales que pueden tener una raíz ancestral:

a) *La vocación por el cultivo de la tierra*, que lo tiene no solamente el agricultor profesional sino que reaparece con frecuencia en individuos de profesión muy alejada. Esta afición instintiva se manifiesta en forma de cultivo de un pequeño huerto o jardín, o en un afecto hacia las plantas o las flores. Aficiones que no son más que el resurgir de instintos arcaicos.

b) *Trabajo ordenado y metódico.* La actividad del agricultor está sujeta al ritmo solar. Con la salida del sol empieza su trabajo, con el declinar del día lo suspende. Sólo tiene unas horas de descanso al mediodía. Interrumpen este ritmo las contingencias atmosféricas. Cuando la lluvia impide sus labores se dedica al descanso o a los trabajos menores de su domicilio. Cuando en personas ajenas a la agricultura, en días de lluvia o de tempestad pierden la actividad para el trabajo, no es por la influencia de la presión atmosférica ni el estado eléctrico del aire lo que les impide sus labores habituales, sino el peso de las generaciones de agricultores que gravitan sobre ellas. Generaciones que durante siglos habían interrumpido su trabajo en cuanto llovía.

c) *Rutinarios en el trabajo.* Los siglos que han transcurrido haciendo los mismos trabajos con buen rendimiento; las enseñanzas agrícolas que han ido aprendiendo por tradición, hacen que no acepten sin enorme resistencia las modificaciones e innovaciones que se pretendan introducir. Sólo después de larga observación y a la vista de los buenos resultados que puedan obtener, se atreven a ensayar las innovaciones.

d) *Falta de sentido estético.* Resulta sorprendente la coincidencia de la falta de obras de arte en todas las épocas de Serriñá. Ni en los niveles paleolíticos del «Reclau», ni en el Magdaleniense de la «Bora Gran», ni en las cuevas neo-eneolíticas, encontramos pinturas o grabados que revelen una tendencia hacia el arte. En todas estas estaciones se han encontrado plaquitas de arenisca que a lo sumo tienen algunas líneas grabadas, pero ninguna tiene el carácter de obra de arte. En el Serriñá actual, tampoco

ninguno de sus habitantes descuella por el interés hacia el arte. Los muchachos educados en las Escuelas, cuando dibujan o pintan espontáneamente, cosa que hemos visto pocas veces, se limitan a simples copias de caballos, perros, carros de estilo naturalista. No les hemos visto dibujos estilizados ni esquematizados.

Esta constancia en la ausencia del sentido artístico puede ser la resultante de un factor ancestral prehistórico. Quizás sea producto del medio ambiente que no ha sido propicio al desenvolvimiento de aquel sentido. Cabe aún una tercera explicación de orden psicológico: el temperamento introvertido de la mayoría de sus habitantes, que obstaculiza la representación externa del subconsciente. Pero siendo norma general la falta de representaciones pictóricas, induce más bien a creer en la ausencia de un sentido estético que a una represión del sentido. En cambio, en alguna ocasión hemos podido examinar, moldeadas en barro, figuras humanas de marcada significación sexual, ejecutadas por muchachos de 11 a 15 años, que evocaban el recuerdo de esculturas auriñacienses. La misma ausencia de sentido artístico se aprecia en la construcción de edificios y en las reformas sobreañadidas.

e) *Sentido individualista*. Los sentimientos sociales y de colectividad son mucho más antiguos y primitivos que el personalismo individual. El sentido de colectividad existía ya en el Arqueolítico y lo encontramos muy desarrollado, como defensa de clase, en el Mesolítico. La valoración personal se inicia con el Neolítico. No debe confundirse la elevación de la categoría personal con el egoísmo. El egoísmo no es más que lo instintivo común a todos los seres animales, mientras que la personalidad es la elevación de las cualidades individuales sobre los semejantes. Es una superación consecutiva a las diferenciaciones tipológicas que van sucediéndose en la humanidad.

El agricultor trabaja con excelente rendimiento, pero trabaja para él y los suyos. En cuanto se le pone a trabajar a sueldo de otro, pierde su eficiencia. Por esto el sistema agrario de colonos es de superior rendimiento económico a cualquier otro sistema.

En cuanto a sus relaciones con los semejantes, por lo que respecta a Serriñá, es *pacífico*. Tiene el sentido de la *subordinación y acatamiento* a las órdenes que emanan de las autoridades, del sacerdote y del médico y de todo aquél al que reconocen una superioridad intelectual.

f) Ya se ha dicho antes que la agricultura ha creado la *inmovilización del agricultor dentro del agro*. Esto se manifiesta por la dificultad que opone a desplazarse de su lugar. Rechaza las excursiones y los viajes. Tiene una inmovilidad que no rompe si no es por una fuerza mayor. Es el polo opuesto de los cazadores y recolectores, que están en continuo movimiento. Los ocios y días festivos prefiere pasarlos sentado en el café o a la puerta de su casa, que a deambular hacia otros lugares.

g) *Los sentimientos religiosos* existen en la casi totalidad de agricultores. Su religiosidad es sencilla y se halla desprovista de los problemas dubitativos de las clases intelectuales. Pocas veces la religiosidad se manifiesta en forma supersticiosa; supersticiones que tienen un origen más arcaico.

h) *Inteligencia parcial* en determinados aspectos. Mientras vemos que por los problemas que se refieren a su profesión: técnica agrícola, venta de productos, etc., muestran una inteligencia muy despejada, en lo referente a su cultura intelectual queda muy por debajo de la media de la que poseen los trabajadores industriales y mercantiles. Aunque prácticamente todos los niños asisten a las Escuelas y todos saben leer y escribir, olvidan fácilmente las enseñanzas recibidas, no demostrando en la edad postescolar ninguna apetencia para la lectura ni adquisición de libros. A estos individuos semianalfabetos es un error tacharlos de ignorantes. Lo serán respecto a la literatura o matemáticas, pero no respecto a otras cuestiones. No es que haya una inferioridad, sino una distinta mentalidad.

La concepción del mundo que les rodea es realista por el continuo contacto con la Naturaleza. Pero personifican a los elementos naturales, aunque no llegan a deificarlos como las mitologías griega y romana. La *tierra* es para el agricultor un ente que produce piedras (cuantas más se le quitan más se reproducen), plantas y animales. La generación espontánea es un hecho incontrovertible en la mentalidad rural. Este concepto viene de la observación repetida durante milenios de que el bosque crece espontáneamente. Y lo mismo que la tierra, *el río* origina espontáneamente peces y guijarros. Lo mismo son personificados, *el tiempo, el Sol, la Luna, el viento, el rayo, el calor, las nubes*, etc. que son buenos o malos, amados u odiados, se les bendice o se les increpa, según sean sus propios deseos.

i) Psicológicamente considerado, el agricultor de Serriñá sin duda se puede clasificar, como norma general, dentro el tipo *introvertido* de Jung.

Pero, de las categorías que aquel autor establece de pensar, sentir, percibir e intuir, no puede clasificarse claramente dentro ninguno de ellas. Estas funciones bien diferenciadas en las clases intelectuales, son poco manifiestas en el medio rural. La psicología del tipo agrícola, piensa, siente, intuye y percibe, pero con una limitación, no de cualidad, sino de cantidad. Su intelecto no se ha especializado hacia una función determinada, sino que todas han adquirido poco desarrollo. Pero tanto los tipos racionales como los irracionales, adquieren un predominio específico en cuanto se refiere al agro. La vida psíquica se encuentra ligada a la finalidad de producir para alimentarse y posibilidades de vestirse. Lo demás cuenta poco dentro su vida mental.

Es poca la capacidad de expresión de sus sentimientos. Pero saben expresar mucho más fácilmente los de dolor que los de alegría. Es, pues, más arcaico el llanto que la risa.

No hemos pretendido exponer aquí todos los tipos mentales de Serriñá. Hemos intentado simplemente describir aquellos tipos más sencillos que han servido de base para que la mentalidad humana se pudiera hacer más compleja. Desde luego que la fase mental de agricultor ha sido superada por otros muchos serriñacienses, llegando unos a la fase industrial, otros a la comercial y otros superando estas mentalidades han llegado a la categoría intelectual, graduándose en maestros, sacerdotes, abogados, médicos, etc. Algunos, aun cuando dependan económicamente de la agricultura, intelectivamente han superado aquella fase y se les puede considerar como muy inteligentes y aptos para la comprensión de toda clase de trabajos.

BIBLIOGRAFÍA

MAX DE CRINIS, *El desarrollo de la corteza cerebral y sus relaciones con la maduración del intelecto humano*, en «Investigación y Progreso» (1933), p. 249.

G. FERNÁNDEZ-GARCÍA, *La constitución en clínica*, en «Medicamenta» 118 (1947), p. 39.

E. GUIJA MORALES, *Aspectos de la higiene mental en el medio rural*, en «Boletín del Congreso General de Colegios Médicos de España», vol. VII (1949) núm. 34, p. 7.

EUGENIO D'ORS, *¿Qué es la vida?*, en «Boletín del Congreso General de Colegios Médicos de España», vol. III (1947), núm. 14, p. 33.

A. PIGA PASCUAL, *Psicología vital y dinámica cerebral*, en «*Medicamenta*» núm. 90 (1945), p. 257.

J. A. SERRA, *La crisis del concepto de Gen*, en «*Investigación y Progreso*» (1945), p. 158.

J. SOLÉ SAGARRA, *Ernst Kretschmer y su escuela*, en «*Revista de Información Médico-Terapéutica*» núm. 35-36 (1950), p. 161.

G. VERMEYLEN, *Los débiles mentales*, trad. Orellana, (Madrid 1926).

Y otros citados anteriormente.

VIII. PROBLEMAS MÉDICOS DE SERIÑÁ

El médico necesita ir del ser a la naturaleza y a la historia. O, con otras palabras, disponer de una idea del ser que le permita comprender idónea y suficientemente la naturaleza y la historia del hombre. — P. LAIN ENTRALGO

DEMOGRAFÍA. — NATALIDAD Y NUPCIALIDAD

Las cifras que aquí se aportan sobre nacimientos, han sido obtenidas del libro Registro de Bautizos del archivo parroquial, por ser el más completo, a excepción de los años correspondientes a la guerra de liberación y a los dos inmediatos, que lo han sido del Registro Civil del Ayuntamiento. El número de matrimonios está sacado del Registro Civil, que es el más completo.

Empezamos nuestra estadística de nacidos, el año 1876 y se llega hasta 1950, abarcando, por consiguiente, un periodo de 75 años. Durante estos tres cuartos de siglo, el número total de nacidos es de 2,187, de los cuales 1,111 son varones y 1,076 hembras. Haciendo tres grupos de 25 años obtenemos los resultados siguientes:

Años	Varones	Hembras	Total	Coef. anual
1876 - 1900	490	486	976	39'04
1901 - 1925	407	397	804	32'16
1926 - 1950	214	193	407	16'28
	1,111	1,076	2,187	

En este cuadro vemos que el número de hombres nacidos es superior al de mujeres. Pero lo que más llama la atención es la disminución considerable de nacimientos ocurridos en los últimos 25 años en que de 976 nacidos en el primer periodo se reducen a menos de la mitad en el terce-

ro. Si tenemos en cuenta que el número de habitantes ha sido sensiblemente uniforme en el lapso de tiempo que va desde 1874 a 1925, oscilando alrededor de los mil habitantes, y que en el periodo que va desde 1926 a 1950 la fluctuación máxima de descenso ha sido solamente del once por ciento, vemos cuan impresionante resulta el descenso de natalidad durante los últimos 25 años.

Mascaró, en su *Topografía Médica de Bañolas*, de los nacimientos del quinquenio 1901-5, deduce el porcentaje anual de 35'2 para Bañolas. Comparándolo con Serriñá, resulta que en nuestro primer periodo el coeficiente es superior, con una natalidad comparable a la de Italia y Alemania en aquella época. En los años que van de 1900 a 1925 se nota ya una ligera disminución, cuyo promedio de 32'16 es equiparable al porcentaje medio anual de España. La última fase, la de 1926 a 1950, tiene un promedio anual de 16 por mil habitantes. Según Trujillano la media anual de España en 1939 fué de 16'3, que es de las cifras más bajas registradas, contando en la actualidad con valores que oscilan del 20 al 22 por mil. Como se ve, la cifra de natalidad de Serriñá es altamente alarmante y merece examinarla con atención.

Pero, antes de plantear este problema, es preciso exponer el primer factor determinante, esto es, la nupcialidad.

La estadística de matrimonios de Serriñá no empieza hasta 1891. Durante estos 60 años se han registrado un total de 451 matrimonios, de los cuales 78 son del primer decenio, 197 de 1900 a 1925, y 176 en la tercera etapa, correspondiéndoles unas medias anuales de 7'80, 7'88 y 7'04 que son algo inferiores a las señaladas por Mascaró en Bañolas (8'1), pero se acercan más a la media de España (7'7).

La ligera disminución de matrimonios anuales en 0'44, no es ni con mucho suficiente para explicar el rápido descenso de la natalidad.

Si relacionamos el número de nacidos con el número de matrimonios para saber el número de hijos que corresponden a cada pareja, resulta:

Años	Nacidos	Matrim.	Hijos por pareja
1891 - 1900	346	78	4'43
1901 - 1925	804	197	4'08
1926 - 1950	407	176	2'31

O sea que en la última etapa se han reducido casi a la mitad. Esta diferencia se hace todavía más ostensible si desglosamos los últimos diez

años, que nos da el coeficiente de 1'72 hijos. Y en el último quinquenio es todavía peor, puesto que no llega más que a 1'34. Cifras lo bastante elocuentes para demostrar la progresiva disminución de natalidad que ha de conducir a una decadencia de la población autóctona. Es de notar que la disminución del número de hijos por cada matrimonio ha sido acentuada exageradamente después de la guerra civil española; hecho que puede explicar la relajación moral de costumbres consecutiva a todas las guerras.

¿Qué ha ocurrido, pues, que haya disminuido de una forma tan extraordinaria la natalidad? ¿Se debe simplemente a la limitación voluntaria del número de hijos o a otras causas ajenas a la voluntad paterna? El problema es trascendente, puesto que en el primer caso se reduce la solución a una cuestión puramente moral y psicológica. En el segundo, debemos analizar cuales hayan podido ser las causas contribuyentes a tal disminución.

Sabemos que los agentes más frecuentes de esterilidad femenina son las enfermedades sexuales. Pero en Serriñá son muy raros los casos que hayamos visto de blenorragia y sífilis, y más raros todavía los casos de esterilidad atribuibles a dichas enfermedades. Descartamos pues esta causa. Otra causa posible es una infección postparto o postaborto que, impermeabilizando las trompas, impida la fecundación del óvulo. Es posible que en algún caso aislado de uno o dos hijos hayan sido limitados por este mecanismo. Pero observemos que al final del siglo pasado, cuando no se practicaba ni la asepsia ni la antisepsia, en Serriñá las infecciones puerperales eran frequentísimas sin que disminuyera la natalidad.

Enfocando el problema desde otro punto de vista, notemos la coincidencia de la disminución de la natalidad con el mejoramiento de las condiciones físicas del individuo actual: elevación de la estatura y modificación del tipo somático (véase vol. VIII, pág. 156), lo cual se produce simultáneamente con la disminución de la mortalidad y con un mejoramiento intelectual evidente. Ante este cúmulo de coincidencias en un corto periodo de tiempo, debemos preguntarnos: ¿Es que ha ocurrido una mutación de la especie humana que ha convertido a la mayoría de las mujeres en seres menos fecundos que antaño? Pero también lo podemos plantear a la inversa: ¿Es que los actuales jóvenes son físicamente mejores, más altos, más robustos, más inteligentes, con menor morbosidad, por ser menor el número de hijos, con lo que se han educado y alimentado mejor?

Aun cuando sea atribuible este mal social a la limitación voluntaria

de los hijos, no puede descartarse en absoluto la hipótesis de una mutación humana, puesto que esta reducción es tan general y tan coincidente con otras variaciones que hay que tenerla en cuenta. De todas formas tenemos motivos sobrados para creer que la mayor culpa de la reducción de los nacimientos se debe atribuir a la llegada de la moda de los procedimientos anticoncepcionales que se ha difundido con una rapidez asombrosa. Corresponde pues a los moralistas y a los sociólogos combatir esta lacra humana. El médico se ha esforzado en los últimos decenios en evitar la mortalidad en una forma asombrosa, pero estos esfuerzos quedan anulados por la disminución tan notable de la natalidad.

MORTALIDAD GENERAL

Para la confección de esta estadística ha sido consultado el Archivo Municipal de Serriñá. Durante los primeros 25 años se ha encontrado muy deficiente por llevarse el registro en una forma poco cuidadosa. Existen en el libro-registro numerosas hojas en blanco, correspondientes casi siempre a defunciones que no se han anotado. En estos casos nos ha servido de auxilio, para saber el número exacto de defunciones, el Registro Parroquial. Pero el Registro Parroquial nos da solamente el número de sepultados, indicándonos a veces la edad, pero otras muchas se olvidaron de anotarla. Lo que, naturalmente, no nos ha dado ha sido la causa de muerte.

El número total de defunciones ocurridas en Serriñá durante los 75 años que van desde 1876 al 1950 inclusive es de 1,759. A fin de facilitar la comparación, dividiremos aquel lapso de tiempo en tres etapas de 25 años y veremos que:

De 1876 a 1900 se registraron	903	defunciones
» 1901 a 1925	» 557	»
» 1926 a 1950	» 299	»
Total.	. . . 1,759	

Como se puede ver por este sencillo cuadro, la disminución de mortalidad durante los últimos 25 años es de una proporción extraordinaria, puesto que, comparado con la primera etapa, se ve que casi se reduce a la tercera parte. Veremos después las causas que han contribuido a esta disminución.

Resulta interesante comparar las cifras de promedios anuales de nacimientos con las de defunciones, y veremos que paralelamente al menor

número de nacidos le sigue una disminución del número de defunciones. Esta disminución de la mortalidad indudablemente ha sido influida por existir menos niños en Serriñá, con lo que disminuye la probabilidad de su fallecimiento. Pero a pesar de la elevada proporción de mortalidad de los primeros 25 años, quedaban superados por el gran número de nacidos en una proporción de 3'20 por año. En el lapso de tiempo de 1901 a 1925, en que la natalidad se conserva casi igual pero en que ha disminuído la mortalidad, el aumento es de 9'88 habitantes por año. Durante la tercera etapa, a pesar de la disminución tan notable de fallecimientos, a consecuencia del menor número de nacimientos, sólo se registra un aumento de población de 4'32 habitantes por año. (Bécares considera que el número excedente de nacidos sobre fallecidos en España durante el año 1930 es de 9'62).

Pues bien, estos promedios de superávit registrados en los 75 años, no se han traducido en un aumento de la población de hecho de Serriñá, sino que más bien ha habido un retroceso. Ha disminuído el número de habitantes en vez de aumentar.

En el año 1877 en que habían 1,055 habitantes, contándose un aumento anual de 3'20, a los 20 años, en 1897, la población era de 949 habitantes, o sea que habían emigrado por lo menos 120 personas. En el año 1900 tenía Serriñá un censo de población de 947. Al llegar a 1925 la población es de 1,000 habitantes. Si se hubiese conservado el aumento efectivo de 9'88 por año, el aumento de residentes hubiera llevado a una población de 1,195, o sea que se habrían marchado por lo menos 195. Teniendo en cuenta los mil habitantes de 1925, al llegar al 1950, a consecuencia del aumento de 4'32 por año, el último censo habría sido de 1,108 y en realidad ha sido de 880 habitantes. Lo cual quiere decir que por lo menos han buscado otros climas 228 habitantes. Estas cifras son elocuentísimas para demostrar la constante emigración de los naturales de Serriñá hacia otros lugares.

Respecto a la mortalidad en consideración a las variaciones estacionales, no existen variaciones muy importantes dependientes de las estaciones del año. En la etapa de 1876 a 1900 el máximo de mortalidad se encuentra en el mes de julio. Mortalidad que va disminuyendo progresivamente hasta el mes de junio siguiente en que se nota la cifra más baja del año. Esta etapa demuestra que la máxima mortalidad corresponde a los

meses de verano, causada por las enfermedades intestinales. Para el periodo de 1901 a 1925 tenemos el máximo en el mes de febrero, y el mínimo continúa durante el mes de junio. Es durante la primavera, en los meses de mayo, junio y julio, en que fallecen menor número de individuos. La tercera etapa, la que va desde 1926 a 1950, presenta los máximos en los meses que van de octubre a febrero, y el mínimo de mortalidad se presenta en los meses de junio, julio y agosto. En resumen se puede decir que el mes con el menor número de fallecidos es el de junio, y los peores son los de octubre a febrero.

Como puede observarse existe una cierta discrepancia en las variaciones estacionales para las tres etapas. Ello es consecuencia de la disminución de la mortalidad infantil. La mortalidad de los niños por infecciones intestinales era propia de los veranos. Como la mayor parte de las defunciones de otoño e invierno corresponden a afecciones más bien propias de los viejos, y como la mortalidad ha disminuído en una proporción mayor en los niños que en los adultos, de aquí las diferencias observadas.

MORTALIDAD POR EDADES

Para nuestros cálculos de mortalidad, tenemos una causa de error en los veinticinco primeros años de la estadística, por encontrarse un grupo de 132 casos en que no consta la edad. En la segunda etapa sólo son cuatro estos casos, y ninguno en la tercera. Teniendo en cuenta este defecto, los demás casos han sido clasificados en los siguientes grupos: mortinatalidad, que comprende a los nacidos muertos y a los que no llegan a vivir veinticuatro horas; menores de un año de edad; de 1 a 4 años; de 5 a 10; de 11 a 20; de 21 a 50; de 51 a 70, y de más de 71 años.

En el cuadro adjunto se pueden comparar bien las variaciones en las tres diferentes etapas:

Años	<24 h.	<1	1-4	5-10	11-20	21-50	51-70	71	sin ed.	Total
1876 - 1900	24	184	154	33	24	100	103	149	132	903
1901 - 1925	14	95	76	17	24	75	123	129	4	557
1926 - 1950	5	26	16	8	14	36	106	88	0	299
Totales	43	305	246	58	62	211	332	366	136	1759

Se puede ver en este cuadro la disminución de mortalidad en todas las edades.

En el primer grupo, el de la *mortinatalidad*, esta disminución ha de

atribuirse en primer lugar a la mejor asistencia prestada durante el parto, puesto que en la primera etapa las mujeres eran asistidas por vecinas o comadronas no diplomadas, mientras que actualmente lo son por comadronas salidas de la Universidad. En segundo lugar podríamos atribuir esta disminución al menor número de nacidos. Pero calculando el número de niños muertos por cada mil nacidos, tenemos que en la primera etapa es de 24'59; la segunda de 17'41; y en la tercera 12'28. Lo cual constituye una mejora bien evidente.

Comparando el número de fallecidos de menos de un año de edad, y buscando los porcentajes por cada mil nacidos y mil fallecidos, tenemos:

Años	Por mil nacidos	Por mil fallecidos
1876 - 1900	188	203
1901 - 1925	118	170
1926 - 1950	63	82

En España el número de fallecidos de menos de un año de edad en 1935 era de 109, y era una cifra muy baja en comparación con la media de Europa, que era de 161. Resulta pues que nuestro actual porcentaje de 63 es una cifra más que halagüeña para nosotros. Asimismo la comparación en el cuadro del porcentaje de la mortalidad total, vemos cuan importante es la reducción, y más si tenemos en cuenta que en España, en el año 1935, estaba en proporción de 200 por mil fallecidos por todas las edades.

¿A qué puede atribuirse este éxito? Veremos posteriormente que la mayor mortalidad infantil era debida a procesos intestinales. Teniendo en cuenta que en Serriñá la casi totalidad de los niños menores de un año han sido criados con lactancia materna, nos inclinamos a pensar que la mortalidad infantil anterior era debida a las condiciones sépticas del medio ambiente, más bien que a la forma de lactancia. Creemos simplemente que la disminución de este grupo de mortalidad se debe al mejoramiento de la higiene colectiva. Ha contribuido indudablemente a ello el mejor conocimiento y divulgación de la puericultura, y haber desaparecido prácticas y costumbres supersticiosas, perjudiciales para la salud del niño. Pero es sobre todo la limpieza, los baños, la disminución de moscas, el mejoramiento de los pozos de agua y la mejor calidad de los medicamentos lo que ha conducido al éxito.

Los niños de uno a cuatro años igualmente han visto retroceder sus

posibilidades de muerte, y por las mismas causas que los anteriores. Véanse los porcentajes obtenidos:

Años	Núm. fallecidos	Por mil nacidos	Por mil fallecidos
1876 - 1900	154	157	170
1901 - 1925	76	94	136
1926 - 1950	16	39	130

El porcentaje de fallecidos ha disminuído de una manera importante respecto al número de nacidos, pero dentro el cuadro de la mortalidad general, es relativamente poca la disminución.

Los grupos de 5 a 10 y de 11 a 20 años, aun cuando han disminuído notablemente su mortalidad, tenían cifras relativamente poco importantes. Es la edad cuyos fallecimientos son producidos en su mayoría por enfermedades infecciosas, especialmente fiebre tifoidea y tuberculosis, como tendremos ocasión de indicar más adelante.

El grupo de adultos comprendidos entre los 21 y 50 años, que pasan de 100 fallecidos a 36 en la última etapa, es quizá el mejor índice demostrativo de cuanto ha disminuído la mortalidad general.

Y pasemos a los últimos grupos, a los comprendidos entre los 50 y 70 y de más de 70 años. En éstos buscamos solamente los porcentajes referidos a la mortalidad general, que nos da las siguientes cifras:

Años	Casos de 50 a 70	Por mil fallecidos	Casos de más de 70	Por mil fallecidos
1876 - 1900	103	115	149	165
1901 - 1925	123	220	129	231
1926 - 1950	106	354	88	294

Es decir que aun cuando en los últimos años disminuye el número de ancianos fallecidos, aumenta la proporción por mil, datos reveladores de haberse alargado la vida de los individuos. Como cada año que va transcurriendo es mayor el número de personas que llegan a viejas, nos vamos acercando al ideal de la Medicina que aspira a que todos los seres humanos mueran de senectud. Estamos muy lejos de los periodos prehistóricos en que el límite máximo de la vida eran los 50 años.

MORTALIDAD SEGUN LAS ENFERMEDADES

Esta parte de nuestra estadística es la que está más sujeta a defectos, originados de un lado por las numerosas hojas en blanco del libro-registro en que ni siquiera se ha anotado el nombre, pero que son de funcio-

nes efectivas según se comprueba en el Registro Parroquial; y de otra parte, tenemos muchas veces mal transcritos los nombres de la causa de defunción, imposibilitando la identificación de la enfermedad. Finalmente, hay series de hojas en que no se hace constar la enfermedad, sino simplemente se indica que han fallecido de «muerte natural». Todos estos casos se anotan aparte, formando un grupo de 344 para la primera etapa y de 8 para la segunda. Otro de los posibles errores que hay que tener en cuenta está en las enfermedades cardíacas, por hallarse frecuentemente etiquetadas de «asistolia», sin indicar la enfermedad causante de la muerte. Estos casos, cuando se ha tratado de adultos, han sido incluidos entre las afecciones cardíacas, y cuando de menores de un año, en la debilidad congénita.

Nuestra estadística, como todas las análogas, no puede tener un valor absoluto, puesto que además de que el médico, como todos los mortales, está expuesto a errores de diagnóstico, está influido por las doctrinas médicas de la época y concede más importancia a determinados puntos de vista, según su escuela. Tampoco debe despreciarse la influencia que hayan ejercido las consideraciones sociales que pueden obligar al médico a deformar la causa de la muerte. Pero esos posibles errores no son suficientes para enturbiar la visión de la evolución médica durante los 75 años últimos.

Para facilitar nuestro estudio, vamos a dividir las causas de muerte en cuatro grupos: enfermedades infecciosas, broncopulmonares, digestivas y por otras causas.

Enfermedades infecciosas. No hay que decir la influencia decisiva que ha tenido este grupo de enfermedades en el desenvolvimiento de la actual Medicina. Desde Pasteur y Koch, ¡cuántos no han sido los adelantos realizados gracias a los descubrimientos de las primeras bacterias conocidas! Gracias a aquellos primeros estudios se ha iniciado la cadena que ha llevado a conocer la biología de los microorganismos y dominar la técnica de vencerlos. Por su parte, la Higiene ha tenido la virtud de evitar los contagios. La Medicina encontró su verdadero camino. ¡Conoció la enfermedad y la venció!

En el siguiente cuadro resumimos las defunciones ocurridas en Serriñá por enfermedades infecciosas:

	1876 a 1900	1901 a 1925	1926 a 1950	Total
Sarampión	38	2	0	40
Escarlatina	11	2	0	13
Viruela.	9	0	0	9
Erisipela	4	2	0	6
Coqueluche	29	7	0	36
Difteria.	9	1	3	13
Tétanos	4	4	0	8
Fiebre tifoidea	32	19	5	56
Gripe	1	14	4	19
Meningitis epidémica	11	25	6	42
Tuberculosis pulmonar	17	21	13	51
Otras tuberculosis.	3	4	4	11
Totales	168	101	35	304

Como se ve por el número total de defunciones ocurridas, durante los últimos 25 años éstas han sido reducidas por lo menos en un quinto de las del siglo pasado. Si comparamos estas cifras con las de la mortalidad general, deducidos los casos en que se ignora la enfermedad, tendremos que por cada mil fallecidos en la primera etapa, 300 lo eran por infecciones, para la segunda 183, y para la tercera 117 por mil.

Las enfermedades infecciosas son los principales agentes de las defunciones juveniles. Veamos, aunque sea brevemente, cada una de ellas por separado.

Es realmente sorprendente lo que ocurre con el *sarampión*. Contra 38 fallecidos en la primera etapa, no hay ninguno en la tercera. Acostumbrados como estamos a la benignidad actual de esta enfermedad, en que la mayoría de los niños de Serriñá se la pasa sin médico, a veces saliendo a la calle, y con la rareza con que se presentan complicaciones, es que algo ha cambiado. Para el sarampión, como para las otras enfermedades epidémicas, existe el «genio epidémico» que depende de la virulencia de los virus causantes. Pero también depende de otro factor: el hombre. Este puede haber aumentado su resistencia y presentar una inmunidad relativa frente al virus. Quizás jueguen un papel más importante las defensas naturales que la virulencia microbiana, porque este aumento de la inmunidad se presenta igualmente frente a otras numerosas infecciones.

Los médicos podemos caer fácilmente en la fatuidad de atribuirnos el

éxito de haber evitado una epidemia o pensar que gracias a nuestros cuidados los enfermos de sarampión sobreviven. Pero, siendo sinceros, sabemos que respecto al sarampión ni disponemos de una vacuna preventiva eficaz ni de medicamentos realmente curativos ni tenemos medidas eficientes para impedir el contagio. Si el sarampión ha dejado de producir su mortalidad en Serriñá, creemos que es más bien por haber aumentado la inmunidad natural humana que por las medidas higiénicas adoptadas. E insistimos sobre esto para que al valorar los resultados obtenidos en otras enfermedades en que se ha hecho efectivamente una labor positiva sean justipreciados todos sus términos.

La *escarlatina*, producida igualmente por un virus filtrable en simbiosis con el estreptococo, es generalmente más grave que el sarampión. La disminución que observamos en su mortalidad es igualmente atribuible a una mejor defensa orgánica. Tanto una como otra enfermedad son tan frecuentes como antes. Lo único que las diferencia, antes y ahora, es su gravedad.

Respecto a la *viruela*, éste sí que es un éxito que nos podemos atribuir plenamente los médicos. Aun en los 25 años del siglo pasado, en Serriñá se producen nueve defunciones y ninguna en el medio siglo actual. Y esto gracias a la vacunación sistemática de la población. Con ello podemos afirmar que ha desaparecido la infección.

Las muertes por *erisipela* no han sido muy numerosas. Las cifras 4, 2 y 0 son pequeñas. Creemos que la erisipela, como las otras enfermedades cócicas, el problema para evitarla no es más que cuestión de higiene. Pero en el medio rural esto no fué posible hace 75 años ni lo es ahora. El payés vive constantemente en contacto con focos sépticos. Los médicos podemos hacer muy poco para prevenirla. Actualmente disponemos de excelentes medicamentos para curarla. Pero ya antes del descubrimiento de las sulfamidas había desaparecido la mortalidad.

Otro caso muy elocuente es el de la *coqueluche* que, en la primera etapa, fallecen 29 atacados, 7 en la segunda y ninguno en la tercera. O sea, que antes de existir los modernos métodos de tratamiento, ya habían disminuído las defunciones y hasta desaparecido. Es otro de los casos en que independientemente de la labor sanitaria de los médicos ha habido una disminución de la gravedad de la enfermedad. No queda pues más que la alternativa de creer que han sido muchos los gérmenes que han

disminuído sincrónicamente su virulencia, o bien que es el organismo quien ha aumentado las defensas contra un determinado grupo de infecciones.

La *difteria* es una de las enfermedades actualmente evitables y curables debido a la labor médica. Se ha hecho y se está haciendo continuamente campaña en Serriñá para la vacunación de todos los niños, y tenemos la satisfacción de poder afirmar que la casi totalidad de ellos están vacunados. Con lo que pensamos que en un futuro no lejano habrá desaparecido completamente el peligro de enfermar de difteria. En nuestra estadística tenemos registrados tres casos de defunción ocurridos al finalizar la guerra de liberación. Fué una epidemia que se extendió por la comarca de Bañolas, consecutiva al trasiego de refugiados y en que no se contaba con suero para el tratamiento de los atacados.

El *tétanos* es otra de las enfermedades en que ha desaparecido la mortalidad a pesar de tratarse de un medio rural en que el campesino dispone de caballerías y del constante trasiego de abonos animales y estar sujeto a un constante peligro por las pequeñas heridas que se produce frecuentemente. Gracias al suero preventivo, al saber desinfectar convenientemente las heridas, son las causas que explican que en nuestra vida médica de Serriñá no hayamos asistido a un solo caso de tétanos.

Pasemos a hablar de la *fiebre tifoidea*, una de las enfermedades más importantes para nuestra población, puesto que después de la tuberculosis es la infección que ha producido mayor mortalidad. Afortunadamente, desde unos años a esta parte se ha dispuesto de vacunas preventivas y, recientemente, se dispone de medicamentos eficaces para curarla. También dieron buenos resultados las medidas sanitarias adoptadas para la desinfección de los pozos de agua contaminada. La mortalidad se ha ido reduciendo progresivamente, ya que de 32 defunciones en la primera etapa, pasa a 19 en la segunda y a 5 en la tercera. Creemos con fundamento que en un día no lejano esta mortalidad será nula. La enfermedad es endémica en la provincia de Gerona. Alguna vez ha aparecido en Serriñá en forma epidémica por contagio del agua de los pozos, como se dirá al tratar del problema del agua. Pero la mayor parte de las veces la vemos aparecer en casos aislados en que casi siempre se puede localizar el foco de procedencia, alejado de Serriñá. Para la profilaxis de la fiebre tifoidea se procede anualmente a una campaña de vacunación, teniendo que lu-

char siempre contra la resistencia pasiva por parte de los habitantes de la población, al revés de lo que ocurre con las vacunas antivariólica y antidiftérica.

Otras enfermedades infecciosas presentan una curva de mortalidad distinta. La *gripe*, de la que sólo muere un individuo en los primeros 25 años, sucumben 14 en la segunda etapa, disminuyendo a 4 en la tercera. Cosa análoga ocurre con la *meningitis meningocócica* que da cifras de letalidad de 11, 25 y 6. El mismo camino sigue la *tuberculosis pulmonar* con 17, 21 y 13. O sea, que para estas tres infecciones el máximo de mortalidad se encuentra desde el año 1901 al 1925, para decaer posteriormente. Las otras formas de localización tuberculosa no ofrecen variaciones sensibles.

Sobre estos tres tipos de infección disponemos de pocas vacunas eficaces para prevenirlas. Modernamente se dispone de excelentes medicamentos para combatirlas.

De estas tres infecciones, la más importante es la tuberculosis por su importancia social. El problema de su profilaxis es muy complejo. Tenemos de una parte la vacuna B. C. G. que hemos empleado algunas veces, pero de la que creemos que se ha exagerado su valor preventivo. Se ha recomendado por otra parte vida al aire libre, ventanas soleadas y ventiladas, buena alimentación. Pero hemos visto a los agricultores que se pasan el día en el campo y bien alimentados, sucumbir bajo la infección. Y vemos decrecer la enfermedad viviendo las familias en los mismos edificios y con las mismas ventanas que sus abuelos. El decrecimiento de la tuberculosis en Serriñá, en todo caso, se podría explicar por efectuar sus habitantes un trabajo menos agotador que antes, por el mejoramiento de la alimentación y, sobre todo, por una mayor limpieza corporal, que elimina una buena parte de las posibilidades de contagio.

Sintetizando, podemos dividir las enfermedades infecciosas que han producido mortalidad en Serriñá en tres grupos:

- a) Enfermedades que han decrecido independientemente de los esfuerzos médicos: sarampión, escarlatina y coqueluche.
- b) Enfermedades que han decrecido gracias a la Medicina: viruela, difteria, erisipela, tétanos y tifoidea.
- c) Enfermedades que experimentaron un auge en el periodo 1901-25 y que decayeron otra vez: gripe, meningitis y tuberculosis. Estas enferme-

dades, a consecuencia de las nuevas medicaciones, pasarán al grupo b) en un futuro próximo.

Enfermedades broncopulmonares. Este conjunto de enfermedades era un capítulo importante en la Medicina hasta hace pocos años. Al ser fácilmente tratadas con los antibióticos, han perdido interés. La mortalidad que producían en Seriñá es como sigue:

	1876 a 1900	1901 a 1925	1926 a 1950	Total
Neumonía y bronconeumonía	31	45	28	104
Bronquitis aguda	27	21	3	51
Bronquitis crónica.	18	15	5	38
Otras afecciones pulmonares	13	4	12	29
Totales	89	85	48	222

Por consiguiente, vemos que estas enfermedades producidas por gérmenes del grupo de los neumococos asociados a una flora variada y que son sensibles a las sulfamidas y a la penicilina, están en camino de tener una mortalidad nula. Para su profilaxis disponemos de vacunas más o menos eficaces, según los casos. Las neumonías y bronquitis producían su porcentaje de mortalidad en los niños, ancianos y depauperados. Hoy se encuentran mejor protegidos. También el asma bronquial, incluido en «otras afecciones pulmonares», va siendo cada día mejor dominado gracias a los nuevos estudios sobre alergia.

Enfermedades del aparato digestivo. Es uno de los aspectos interesantes de nuestro problema, puesto que hay enfermedades que en años anteriores eran responsables de la muerte de numerosos niños, y que hoy hemos visto desaparecer casi completamente. Es aquí donde se puede registrar el mayor triunfo del Médico y de la Higiene. Este cuadro resume la mortalidad de las tres etapas:

	1876 a 1900	1901 a 1925	1926 a 1950	Total
Disenterías	6	0	1	7
Diarreas, enteritis	90	65	6	161
Peritonitis, apendicitis	3	5	6	14
Hernias, ileus	5	2	1	8
Enfermedades del hígado	8	5	5	18
Totales	112	77	19	208

El número de muertos por diarreas es la cifra más elevada de las registradas en los cuadros de defunciones; cifra que vemos descender en la segunda etapa, para reducirse extraordinariamente en la última. Esta causa de mortalidad infantil, que preocupó tanto a nuestros abuelos, es un problema casi resuelto en la práctica médica rural. En primer lugar el campesino está mejor educado, sigue las indicaciones médicas, es más limpio, trata al niño con el respeto que se merece, han mejorado las aguas de los pozos y se han reducido las moscas. En una palabra, hay muchas menos fuentes de contagio. Por otra parte la reglamentación dietética y los medicamentos han permitido al médico luchar eficazmente contra los trastornos digestivos.

En cuanto a las enfermedades del hígado, entre las que figura en lugar preeminente la cirrosis hepática, casi siempre de etiología alcohólica, las vemos disminuir ligeramente por haber disminuido de una manera notoria el alcoholismo.

Defunciones por otras causas.

	1876 a 1900	1901 a 1925	1926 a 1950	Total
Cáncer	3	11	19	33
Cardíacos	49	85	54	188
Hemorragia cerebral	49	68	50	167
Nefritis, uremia.	9	15	10	34
Eclamsia infantil	20	9	2	31
Accidentes puerperales	3	6	2	11
Debilidad congénita	19	31	15	65
Debilidad senil	6	6	8	20
Muertes violentas	12	14	15	41
Otras enfermedades	20	41	21	82
Sin indicar causa	344	8	0	352
Totales	534	294	196	1,024

En este cuadro vemos una enfermedad de curso claramente ascendente que es el *cáncer*, que de 3 pasa a 11 y a 19. Puede que antes no se diagnosticara; puede que ahora haya más viejos y se presente con más frecuencia. Pero es una enfermedad que aumenta progresivamente, y esto es lo alarmante, porque hasta ahora el médico no ha encontrado un procedi-

miento seguro de evitar su aparición ni de curarla, si no es mutilando seriamente el organismo.

En cuanto a los enfermos *cardíacos*, ya se ha dicho antes que la cifra se considera exagerada por haberse incluido casos en que se repetía en serie diagnósticos de «enfermedad orgánica del corazón» y de «asistolia». Atribuimos a esta causa de error el que la cifra aparezca más elevada en el segundo período. Más bien debe considerarse en líneas generales que las enfermedades cardíacas han sido aproximadamente iguales en las tres fases.

En la lucha contra las enfermedades reumáticas y focales, no podrán observarse los resultados hasta transcurridos algunos decenios. Las amígdalas extirpadas en la infancia, las muelas extraídas de los adultos, si han evitado lesionar al músculo cardíaco y al sistema de conducción, estos resultados serán visibles dentro algunos años en que disminuirá la mortalidad por enfermedades cardíacas.

El grupo de defunciones por *hemorragia cerebral y arteriosclerosis* se ha conservado aproximadamente igual en los tres periodos, salvo un ligero aumento en la segunda etapa. Las dificultades con que se encuentra el médico rural para luchar contra estas enfermedades es más bien de orden educativo. Es cierto que cada día son más numerosas las personas que sistemáticamente vigilan su tensión arterial y se someten a las prescripciones facultativas. Pero es todavía demasiado numeroso el grupo de adultos que viven tranquilos hasta el día que una hemiplejía o la muerte interrumpe su vida ordinaria.

La nefritis y la uremia se han conservado aproximadamente igual. Sabemos que la *nefritis* está ligada a la presencia de focos de supuración a distancia. Los resultados de las actividades orientadas hacia la eliminación de estos focos, no serán visibles más que en el futuro. La *uremia* está ligada a una esclerosis renal, bien consecutiva a una nefritis, bien obedeciendo a una esclerosis general del sistema vascular. El conocimiento de estas afecciones renales y su tratamiento puede retardar considerablemente el desenlace de aquellos enfermos.

La *eclamsia infantil* (tetania) es otra de las enfermedades que han disminuido notablemente de frecuencia, pasando de 20 casos a 2. Esta enfermedad ocasionada por un trastorno metabólico del calcio, pensamos que antes pudo haberse confundido con el tétanos infeccioso del re-

cién nacido, puesto que era poca la asepsia con que se trataba la herida umbilical.

Sobre la *debilidad congénita*, vemos que existe un aumento en la etapa 1901 a 1925. A pesar del retroceso actual, la cifra es todavía excesiva, lo cual indica que debe dedicarse una atención preferente al cuidado de la embarazada y del recién nacido.

En la *debilidad senil* se nota un ligero aumento en la tercera etapa, y esto es lógico si tenemos en cuenta que se ha alargado la duración de la vida. El ideal de la Medicina sería que este grupo fuera el más nutrido de las causas de mortalidad.

Finalmente, las causas por *muerte violenta y suicidios* se conservan aproximadamente igual o con un ligero ascenso.

EL PROBLEMA DEL AGUA

El agua ha sido siempre un elemento imprescindible a todos los pueblos y a todas las culturas. No existe vida ni civilización sin agua. Esta necesidad ha sido reconocida desde la prehistoria. La ciencia actual enseña que no es suficiente tener agua en cantidad. El hombre necesita agua que reúna ciertas cualidades. El agua es un elemento que conserva la vida o causa la muerte. El agua debe ser químicamente potable y bacteriológicamente pura.

En el estado actual de la Medicina, es mucho más importante el peligro de un agua contaminada que un defecto o exceso de sales minerales. Y la infección del agua sólo es una consecuencia directa de la actual civilización con su exceso de población. Durante el Paleolítico, con poblaciones tan reducidas como entonces, no había ningún peligro de contagio bebiendo las aguas directamente del río. Hoy ya no son suficientes los mecanismos biológicos de autodepuración de los ríos. Aun no han tenido tiempo de modificarse las aguas sucias recibidas de un pueblo cuando se le suman las del pueblo vecino. Estas aguas contaminadas por el propio hombre, las de río y las de pozo, fueron la causa directa de las numerosas infecciones y del exceso de mortalidad registrado antes que se generalizaran las prácticas de higiene.

En Serriñá se dispone de agua de ríos, fuentes y pozos. Los ríos son el Serriñadell, el Ser y el Fluviá. El Serriñadell, de caudal muy reducido, nacido al pie de los montes de Serriñá, discurre entre juncales y cañizares

hasta llegar al barranco del «Reclau», en donde es engrosado por las numerosas fuentes que afloran en la base del travertino. Después atraviesa el pueblo de Serriñá, y su agua es utilizada para el riego de la huerta, para el lavadero público, sirve para abreviar el ganado y, a veces, para usos domésticos. Pero no es usada para la bebida. Después el Serriñadell se precipita por una hondanada y, recibiendo el agua de otras fuentes, va a desembocar al río Ser. El agua del Serriñadell, procedente de fuentes nacidas en las margas calizas o por debajo del travertino, es un agua con fuerte proporción de sales cálcicas (carbonatos y sulfatos), agua dura que corta el jabón y no cuece las legumbres. Por otra parte, teniendo en cuenta su paso por las cercanías de algunas masías en donde se lava la ropa, el cruce de la carretera y los escorros que recibe de las aguas de riego, debe considerarse prácticamente como agua impura. De manera que ni bacteriológicamente ni químicamente se la puede considerar como agua potable.

El cauce del Ser, cuyo nivel está unos 50 metros más bajo que el pueblo, en realidad no se utiliza más que para la industria del yeso a su paso por el manso Illa. En cuanto a la calidad de su agua, si fuera preciso o factible, su utilización sería de calidad aprovechable, puesto que, procediendo de la región de Olot, de fuentes nacidas en terrenos basálticos, la cantidad de sales cálcicas y de yeso es escasa. Además la última población que atraviesa, Santa Pau, dista muchos kilómetros, recorriendo este trecho por un valle casi totalmente deshabitado. La depuración biológica de su agua se ha verificado sin haberse contaminado de nuevo. Pero claro está que el aprovechamiento de esta agua como bebida para Serriñá es algo irrealizable.

El tercer río, que no hace más que rozar los lindes de Serriñá, es el Fluviá, segundo río por su caudal de la provincia de Gerona. Su aprovechamiento se limita a dar fuerza a dos centrales eléctricas. Su agua viene fuertemente contaminada por las numerosas villas y pueblos situados en las orillas.

Siendo estas aguas inútiles para la bebida se recorre a las fuentes naturales y a los pozos artificiales.

Las fuentes son relativamente abundantes en los alrededores de Serriñá, pero ninguna dentro lo que puede considerarse el núcleo de población. En el corte del «Reclau» hay las fuentes «d'en Cassa», «d'en Mollet», de la «Casa Gran», que distan menos de un kilómetro de la villa. Estas

aguas procedentes de las capas arcillosas intercaladas entre el travertino y las margas, es potable bacteriológicamente, aunque algo cargadas de carbonato cálcico. Captadas correctamente y canalizadas, estarían en buenas condiciones para hacerlas llegar hasta el mismo domicilio de los seriñacienses. Además, el lugar donde afloran estas fuentes es más elevado que una parte de la población, y el agua les llegaría por simple desnivel. Para el resto de viviendas les sería suficiente la elevación de unos pocos metros. (Esta solución, que sería la ideal para el suministro de agua potable a Serriñá, encuentra la resistencia pasiva de la población y el desinterés de las autoridades, arguyendo que la mayoría de las casas tienen su propio pozo. Quizás sería más justo decir que el gasto de instalación no compensaría el número de vecinos que podrían aprovecharse).

Más próxima todavía a Serriñá está la fuente «d'en Vilà», que aflora en un margen arcilloso; son aguas de procedencia superficial, con probables filtraciones de los campos de cultivo. Cuantas veces se ha analizado bacteriológicamente ha sido clasificada de sospechosa por la cantidad de colibacilos. Los vecinos la beben con frecuencia, puesto que goza de fama de tener buen gusto. Tiene escasas sales minerales.

Otras fuentes situadas aguas abajo de Serriñá, son «el Molí», «Sagrat Cor», «Llop» y «Gatiellas». Estas fuentes, aunque su captación es primitiva y defectuosa, al estar nacidas las tres primeras en pleno bosque, reúnen buenas condiciones bacteriológicas. Son aguas procedentes del estrato de conglomerado del Plioceno continental y, por consiguiente, llevan menor cantidad de sales cálcicas que las anteriores; son de buen sabor y aceptables para la bebida. La pureza de la de «Gatiellas» es más dudosa.

Otra fuente, la de «Ca nova», era una afloración de agua superficial, muy escasa, en la parte alta del pueblo, que por haberse encontrado repetidamente contaminada en la última epidemia tífica fue mandada cegar.

Queda todavía alguna otra fuente de carácter particular destinada al uso exclusivo de su propietario.

Mayor consumo que el agua de las fuentes naturales se hace del agua procedente de los pozos artificiales. Casi no se concibe la existencia de una masía sin su propio pozo.

En Serriñá, en la parte central del pueblo, existen dos pozos públicos: el que está situado detrás de la iglesia de san Andrés y el de las «Escuelas». Los dos a muy pocos metros del Serriñadell. Los dos están actual-

mente cerrados, cubiertos y provistos de bombas mecánicas para la extracción del agua. El agua del de la iglesia, a pesar de la proximidad de las viviendas y del curso del Seriadell, cuando se ha analizado se ha encontrado siempre bacteriológicamente pura. El pozo de las Escuelas, antes no estaba cerrado ni cubierto. Terminada la guerra de liberación y a consecuencia del trasiego de población inherente a las guerras, se declaró en Seriñá una epidemia de fiebre tifoidea. Analizadas las aguas de los diferentes pozos y fuentes públicas, se encontró el agua de aquel pozo fuertemente contaminada. Se procedió al cierre del mismo. Al año siguiente y ante la escasez de agua, se abrió nuevamente, reapareciendo los casos de tifoidea. Se volvió a cerrar. Al año siguiente se procedió a su limpieza total, a impermeabilizar las paredes, a una desinfección rigurosa de su fondo y protegiéndose mejor su parte externa. Actualmente, a pesar de llevarse ya varios años bebiéndose de esta agua, no ha reaparecido ninguna nueva epidemia. En los casos aislados de tifoidea que han sido observados posteriormente se ha podido comprobar que el contagio procedía de otra parte o que no habían bebido agua de este pozo. De todas formas hay que considerarlo siempre sospechoso por las posibles filtraciones del río.

Más difícil de resolver es el problema de los pozos particulares, puesto que a fin de facilitar la extracción del líquido siempre se construyen lo más próximo posible a la vivienda. Muchos están adosados a las paredes del edificio. De ello resulta que están siempre en las inmediaciones de los establos y de los estercoleros, donde siempre es probable una contaminación, principalmente en los períodos lluviosos. En estos casos no se puede hacer más que aconsejar la impermeabilización de las paredes del pozo y la desinfección del agua. Consejos casi siempre inútiles debido a la resistencia y pasividad del agricultor. Resistencia y pasividad nacidas del concepto de fatalidad que tienen sobre las enfermedades.

OTROS PROBLEMAS SANITARIOS

La eliminación de inmundicias es el problema más insoluble de la sanidad rural. Desde luego no hay alcantarillado. Ni puede haberlo dada la diseminación de las viviendas. Se ha recurrido al procedimiento más sencillo del pozo negro. Sus residuos son aprovechados para el abono de las huertas. Son la tierra y los vegetales los encargados de la depuración de los productos excrementicios. Esto, naturalmente tiene sus peligros. Pe-

ro es una solución que difícilmente sería abandonada por el agricultor. El pozo negro tiene además otro peligro, y es la filtración hasta los pozos de agua. Dada la existencia inevitable de los pozos negros es preferible enfocar la solución hacia la ordenación de la impermeabilización absoluta de la fosa séptica, y la obligación de desinfectar las materias excrementicias antes de servir de abono a los campos. Pero esto es un problema que no se puede solucionar sin la colaboración de los interesados, problema de orden educativo y de cultura, del que están muy alejados nuestros centros rurales.

Otro de los problemas de la higiene rural es el de los estercoleros. Estos existen en todas las casas. Allí se produce la fermentación de los productos recogidos de los establos y de los residuos de la vivienda. El agricultor se ve precisado a recoger diariamente el estiércol del establo y trasladarlo al estercolero y, cuando lo precisa, de allí lo lleva al campo. La tierra es otra vez la que se cuida de la gran labor depuradora. La solución a este problema hace ya muchos años que ha sido dada: la construcción de estercoleros de paredes impermeabilizadas y protegidos contra las moscas, estercoleros que tendrían la ventaja de mejorar el valor del estiércol como abono, por conservar la totalidad del purín que se pierde corrientemente. Pero las dificultades sobrevienen con el régimen actual de colonos en que el propietario es uno y el que vive de la casa y el campo es otro; ninguno quiere efectuar reformas costosas.

Finalmente señalemos lo que hasta ahora había sido un problema importantísimo en el medio rural, pero que actualmente ha dejado de serlo: el de las moscas. Ha sido verdaderamente sorprendente el cambio verificado en estos últimos años con la generalización de los productos a base de D. D. T. Las moscas que antes en las casas de payés llenaban el comedor, la cocina y las habitaciones, han desaparecido casi totalmente. Antes, los esfuerzos de la lucha contra las moscas se dirigían contra los estercoleros. Pensábamos al principio de la comercialización del D. D. T. que sería preciso proceder a la fumigación directa del estercolero para extinguir las larvas. La experiencia demuestra que es suficiente la destrucción de las moscas adultas para ver disminuir rápidamente el número de ellas. Es uno de los aspectos nuevos con que se encara la Medicina actual, puesto que es de esperar en un futuro cercano, que la mosca como vehículo propagador de enfermedades desaparezca.

LA LECCIÓN DE LOS HECHOS

Hemos visto en el esquema trazado de la Prehistoria como en el transcurso de la humanidad se han ido sucediendo diversas civilizaciones que han nacido, crecido y desaparecido. Que, coincidente con los cambios culturales, se acompaña la variación física de la raza. La proyección lejana de la Prehistoria nos impide ver si aquellos cambios se han producido bruscamente, mediante una mutación de la especie humana o mediante una evolución progresiva. Pero lo cierto es que aquellas variaciones han existido.

En nuestro momento actual vemos como en el transcurso de pocos años se ha transformado el mundo cultural con una intensidad tal que ha llegado a modificar la biología del ser humano. La electricidad ha alterado el ciclo diurno de las actividades. Los sistemas de locomoción permiten trasladar al individuo a distancias lejanísimas sin apenas fatigas físicas. Pero es la Medicina, sobre todo, la que más ha contribuido a variar las esencias biológicas del individuo creando una inmunidad contra las infecciones, curando enfermedades antes letales, variando la constitución física y temperamental mediante la regularización de sus secreciones internas.

Concretamente en Serriñá, hemos visto como en el transcurso de pocos años ha aumentado la talla de los individuos. Como ha disminuido la natalidad. Como ha disminuido la mortalidad. Como ha aparecido una inmunidad frente a infecciones que antes eran gravísimas. A ello podríamos añadir el cambio de constitución, las variaciones de su mentalidad y de sus costumbres observadas por nosotros en el transcurso de pocos años.

Ante estos hechos nos podemos preguntar: ¿Es que estamos frente a una fase crítica de la humanidad, ante una variación racial que nos viene a modificar física y mentalmente la raza actual? ¿Es que el hombre ha sufrido una mutación, una alteración profunda de su organismo por una causa extrahumana, que le obliga a seguir una ley inmutable hacia otra perfección? ¿O es que estamos frente a una simple variación evolutiva de la raza, producida única y exclusivamente por los cambios alimenticios, por la higiene, por las medidas médicas adoptadas?

Estos graves interrogantes son los que nos sugiere la asociación de la

Prehistoria con la Medicina. Porque si la Medicina es la única responsable de la variación física de los individuos, del alargamiento de la edad media de la vida, de una variación mental, sobre el médico recae la responsabilidad del futuro humano. Si el médico por salvar la vida de seres débiles llevara a una degeneración de la humanidad, nuestra responsabilidad sería tremenda. Pero si el médico sabe transformar los seres débiles en seres fuertes y aptos para su puesto en el mundo, nuestro éxito es inmenso.